

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

15 DE ABRIL DE 1894

Nº 56

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. B. 4

UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA



EL NAZARENO DE SAN PABLO. — (De fotografía de Lessmann)

DISCURSO

PONENCIADO POR EL DOCTOR FÉLIX QUINTERO, EL DÍA 8 DE ABRIL DE 1894, CON MOTIVO DE LA COLOCACIÓN DEL RETRATO DE DON ÁNGEL URDANETA, "PADRE DE LOS POBRES" DEL ZULIA, EN EL ASILO DE HUÉRFANOS DE CARACAS

Excmo. Sr. Delegado Apostólico.—Ilmo. Sr. Arzobispo de Caracas y Venezuela.—Sr. Director de este Instituto.—Señores:

Vuele mi espíritu á las regiones sublimes de la caridad, inspírese en sus purísimas fuentes, extasiéase en sus dilatados horizontes, penétrese de su celestial origen, contemple el reguero de luz, de amor, de sonrisas, de expansiones y de alegrías que va dejando en la inmensa órbita que recorre su planta misteriosa; y allí, dominado por la admiración, y arrobado por la belleza del sentimiento, entone un himno de alabanzas, que interprete fielmente, la elevada significación del acto á que asistimos en esta encantadora morada.

Oh! cuán feliz me sentiría yo, si mi débil acento pudiera expresar en este instante, las ideas que bullen en mi mente, y las emociones que anidan en mi corazón.

Cuánta no sería mi satisfacción, si me fuera dado cautivar á tan selecto auditorio, con esa galanura de estilo, que es propia de los artistas de la palabra, y que constituye el factor principal de la elocuencia, de esa magia arrebatadora que es don de lo alto y privilegio de los escogidos.

Y cuánto orgullo no experimentarí, si dependiera de mi voluntad, hacer la descripción, tal como lo merece, del hermoso panorama que se presenta ante mi vista, y que forma el corolario de la simpática fiesta, que con tan justo motivo celebra con toda pompa, este Asilo de la inocencia, este albergue de la pureza, en cuyo seno viven en íntimo consorcio las dulcísimas fruiciones de la niñez y las angelicales lágrimas de la orfandad.

Pero si faltan en mí esas brillantes dotes, que son indispensables en la oratoria para escalar con éxito las gradas de una tribuna, en cambio me anima la idea de que sabréis ser indulgentes conmigo, ya que vuestra presencia en este Templo de la filantropía, así me lo hace presumir y esperar.

Cuán hermosas y grandiosas son las conquistas alcanzadas por el sentimiento de la caridad en todos los tiempos, y cuán noble y seductora es la misión que desempeña en todas las sociedades.

El, en todas las épocas, en todas las edades, cual una madre cariñosa y tierna, lleva á su delicado regazo á todos los desheredados de la fortuna, á todos los que golpea el dolor con sus rudos embates; él, enjuga con exquisita finura el llanto que hace brotar la desventura; él, alivia las penas que entristecen el alma y abaten el corazón; él, conforta la conciencia y da valor al desvalido, para resistir á las constantes luchas por la vida; y él, en fin, es el que desciende á la tierra enviado por el cielo, á cubrir con sus impalpables alas á la desgraciada humanidad, y como un destello de la infinita bondad de su creador.

Sí, es el que sirve de vivificante oasis, á los áridos desierto que hay que atravesar en la difícil peregrinación á que está sugeto el hombre en el mundo; y él, por último, es inquebrantable roca contra la cual se estrellan las encrespadas olas de las malas pasiones, ceden los sordidos intereses del egoísmo, y desaparecen los gérmenes que engendran estos malhadados vicios.

Y no es bajo esta única faz que se presenta el sentimiento de la caridad, pues la órbita que abarca es tan grande, y sus modos de manifestar-

se tan diferentes, que así lo vemos en la vida de las sociedades, sirviendo para mejorarlas, ennobleciendo las costumbres, y combatiendo las prácticas del utilitarismo, que es la negación de los naturales y generosos impulsos del alma, cuando no la ha esterilizado esa funesta doctrina.

Teoría de fatales consecuencias en todas sus aplicaciones, la influencia que ha ejercido y ejerce en las relaciones de los hombres y de las naciones, está siempre, y evidentemente desautorizándola, en razón directa del extravío ó

tóricas formas de Mesalina; y sus vírgenes, deleite más encantador, que contemplar extáticas las no menos acabadas del famoso hijo de Agripina.

Por aquellos tiempos todo el mundo hacía su negocio, buscaba su utilidad.

La más completa y cabal fórmula del utilitarismo, que había tomado las proporciones de la más avanzada corrupción, era gozar en las curules del senado, ó en el tribuno del pueblo, el precio de la conciencia, ó el del voto en los comicios, ó el de la honra del hogar, pagados por el mejor postor.

Y no es solamente en esos tristes días de oprobio y de vergüenza, que humillaron á la invicta Roma, que encontraréis la mano helada del egoísmo preparando la catástrofe en que ha de hundirse todo lo que de grande, noble y generoso ilustra los fastos de la humanidad.

Volved á donde queráis vuestra vista. Y si encontráis la virtud y el honor en descrédito, y el crimen triunfante, analizad un poco, que pronto hallaréis el hilo misterioso que comienza en la deificación del individuo y termina en la apoteosis de todas sus pasiones, de todos sus vicios y de sus más groseros instintos.

Es pues una necesidad imperiosa de los pueblos, que el sentimiento de la caridad los inspire, y permanezca siempre vivo y siempre palpitante en ellos, porque es así, que pueden servir eficazmente al grande interés que tiene la moderna civilización en resolver por la acción colectiva de todos los asociados, el problema que entrañan la miseria y la ignorancia, y todo el fúnebre cortejo que las rodea; y porque es en nombre de ese sentimiento sublime, que ha de tener una nota simpática en todo corazón bien puesto, que se pueden realizar verdaderos milagros de generosidad y abnegación, que se puede desarmar las más veces á esos terribles monstruos, que con la tea ó el puñal en las manos, ó el látigo de las guerras civiles, piden cuenta severa á la actual sociedad de las funestas imprevisiones de que ella misma es víctima y cómplice. Y es tanto más importante la acción social á que nos referimos, cuanto que acaso haya de pasar mucho tiempo, sin que los Gobiernos y las instituciones, y los intereses creados, y las arraigadas preocupaciones, hayan podido dar paso á las grandes innovaciones, que demanda la inmensa agitación que conmueve á casi todo el orbe.

Estas poderosas razones que he expuesto, explican porqué la civilización moderna estampa el mágico nombre de caridad, entre los dogmas que forman la gran base de su magnífico pedestal, porqué el progreso la cuenta entre sus más preciosos trofeos, y porqué el porvenir la señala en los horizontes del tiempo, como uno de los puntos luminosos á donde las naciones deben dirigir sus miradas, si quieren marchar con paso decidido y firme hacia su perfeccionamiento y felicidad.

Nace la caridad cristiana en el Calvario con las sublimes palabras de—amaos los unos á los otros—y desde allí difunde los rayos de su intensa luz por todo el planeta, que van á encender en el corazón de la humanidad la sagrada llama de la filantropía, de ese generoso sentimiento, que mal comprendido hasta entonces, no le era dado manifestarse en la forma con que debía traerlo al mundo su divino autor, para que le imprimiera el sello de eterno é inmutable.

Ese excelso consejo de amor y de fraternidad, que dilató sus ecos por toda la tierra, es el que nos congrega hoy aquí, es el que viste de preciosas galas, la mansión de San Vicente de Paúl y de sus interesantes huérfanos, y es



DON ÁNGEL URDANETA

"El padre de los pobres del Zulia"

degradación de aquellos, y de la inferioridad ó decadencia de éstas.

Roma fué grande y gloriosa, mientras que la gloria y la grandeza de sus hijos, tuvieron por fundamento la sublime virtud de sacrificarlo todo por la patria, hasta que esa deidad tuvo altares y ferviente culto, y durante todo el tiempo que alentó á sus héroes, que fortaleció el sentimiento de la dignidad en el pecho de sus ciudadanos, de aquellos ciudadanos de Roma, que sometieron todo el orbe á su poder soberano, y mientras creyeron que era digno y agradable morir por la patria.

Después, cuando sonó la hora fatal de su caída, entonces ya habían desaparecido los ciudadanos, y ya se erguían los mercenarios; entonces ya no se iba más á servir á la patria sino por dinero, y al solio del poder no ascendían la virtud ni el valor; ya no era necesario ser sabio, ni elocuente para aspirar á él, ni eran las portentosas hazañas ni el legendario heroísmo los que franqueaban sus gradas.

Por aquellos tiempos, el derecho de gobernar á los romanos, á los descendientes de los Scipiones y los Gracos, se compraba con dinero, y poco importaba que lo ofreciese un farsante, un malvado ó un imbécil; valía lo mismo.

Y qué había que extrañar en esto, si ya para entonces, los jóvenes de Roma, no hallaban objeto más digno de su admiración que las escul-

el que nos proporciona el placer de presenciar una fiesta, que si modesta y sencilla en la apariencia, de grandes enseñanzas y de evangélicos ejemplos en el fondo.

Allá en el occidente de la República, á las orillas de azul y tranquilo lago, y á la sombra de lánguidos cicales y esbeltas palmeras, que mecen cariñosamente las suaves brisas de poéticos mares; allá, decía, se destaca la heroica ciudad de Maracaibo, esa que ha pregonado la fama con todos los tintes de vivísimos colores, y que es timbre de legítimo orgullo para la patria venezolana.

Aquel suelo privilegiado, que parece escogido por la naturaleza para ostentar sus más bellas perspectivas, ha sido la cuna de grandes patriotas que han pasado á la posteridad cubiertos de gloria; de resplandecientes talentos, que han enriquecido con brillantes estrellas el cielo de las letras; de inspirados poetas, que han cantado en cadenciosas melodías los bienes inestimables de la libertad, ó anatematizado en candentes versos los lúgubres estragos del despotismo y la tiranía, y de abnegados filántropos que han sacrificado todo cuanto de más caro tiene el hombre sobre la tierra, en aras de la humanidad doliente y en holocausto de la más hermosa y edificante de todas las virtudes.

A estos últimos perteneció el esclarecido zuliano, cuya grata memoria nos reúne hoy, y nos trae á colocar su retrato en este recinto, donde muy bien están las estatuas, de Bolívar, ese genio portentoso, que sobre su corcel de batalla y con el deslumbrante acero en la diestra, fué el terror de los tiranos, el amparo de los libres, y el Libertador de un mundo; y la de San Vicente de Paúl, ese humildísimo héroe de la caridad cristiana, ese padre de los huérfanos, á quien no halagaron los poderosos incentivos de vanidosa corte, ni los vértigos tentadores de elevada posición social.

Bien merece tan señalada distinción, el caritativo venezolano, que llevó el nombre que mis labios van á pronunciar con veneración y respeto; y que estoy casi seguro que quedará grabado en la mente de vosotros, tan pronto como os haya narrado los sobresalientes rasgos filantrópicos que caracterizaron á Don Angel Urdaneta:

Urdaneta fué la encarnación de la caridad cristiana en Maracaibo; á ella le prestó sus más valiosos apoyos y le consagró sus mejores años; no arredrándole nunca ni las dificultades con que tropezó, ni los obstáculos que se le opusieron, pues las unas las vencía con constancia y los otros los evadía con prudencia, y siempre con nuevas fuerzas emprendía el camino recorrido, hasta coronar con el éxito la realización de los pensamientos que concibiera y la de las obras que ideara.

La capital del Zulia es testigo de todo cuanto acabo de decir, puesto que ella palpó, los innumerables beneficios que durante su existencia derramó á manos llenas; y después de su muerte han quedado hablando muy alto los hospitales, las Beneficencias, las Sociedades, los Bancos y demás instituciones que creó, ó de las cuales formaba parte.

El nosocomio de Chiquinquirá y el Asilo de Huérfanos de aquella ciudad le debieron grandes esfuerzos y le costaron no pocas privaciones; y fué á él, á quien tal vez por designio providencial, tocó la muy especial satisfacción de llevar á su suelo las Hermanas de la caridad, esos ángeles terrenales, que sin patria, sin familia, sin hogar, recorren el planeta por todas partes, y detienen sus plantas, allí, donde hay una lágrima que enjugar, un corazón acongojado que fortalecer, un alma triste que consolar ó un infortunio que socorrer.

El Banco de Maracaibo, y la Caja de Ahorros, lo colocan entre sus fundadores, y le merecieron singular atención; pero en donde fué admirable ver los nobles sentimientos que profesaba el ximio varón, fué en el Hospital de Lázaros de aquella capital, sirviendo de protector decidido á esos infelices de quienes todo el mundo huye y se aparta.

He aquí señores, trazada á ligeras pinceladas, la vida de este benefactor de la humanidad, de

quien con justísimo título, se puede decir con un periódico de aquella ciudad: "El trabajo fué su escuela, el deber su norma, el progreso su ideal, y la caridad su culto."

¡Qué dignos de imitarse son estos hombres, que vienen á la tierra á sembrar el bien por todas partes, á recibir bendiciones de todos los labios, y á dejar una estela luminosa, que demarca la ruta que han corrido, y que no podrán borrar nunca, ni la esponja del tiempo, ni las incesantes mudanzas de la naturaleza!

En honra también á la memoria de tan egregio campeón de la caridad cristiana, otro acontecimiento notable á más del que acabáis de oírme, alegra hoy á este Instituto, lo colma de indefinible gozo, y lo inunda de purísimo incienso, que sube hasta el trono del Altísimo, á llevarle el fragante perfume que despiden las flores que se cultivan en este jardín ameno.

Y en verdad señores: ¿No notáis en el semblante risueño de estos pequeñuelos, que algo de extraordinario pasa en el fondo de esas infantiles almas, que las sume en completo éxtasis, y las transporta á infinitas regiones que permanecen iluminadas por eterna aurora?

Ah! es que varios de ellos se han arrojado por vez primera ante el ara de immaculado santuario, y han recibido con la candidez é inocencia de los primeros años, la Sagrada Eucaristía, ese asombroso milagro que verificó el Hombre-Dios en los altares, y que lo hace el más sublime de todos los misterios.

Felices ellos, sí, que despiertan á la vida, con ese inagotable impulso, que les dará cada día nuevas fuerzas y nuevos alientos para combatir esos vendavales, que se desencadenan aquí en la tierra, y que amenazan arrastrarlo todo, sino fuera que esos templados caracteres é inquebrantables voluntades que se forjan al amparo de grandes ideales se interponen á manera de inexpugnables baluartes, y los detienen en su camino de ruina y destrucción.

Y este trascendental suceso, que acabo de bosquejar, no es el único que este seductor Retiro, registra en sus anales, pues ya en multitud de ocasiones, ha ofrecido á la contemplación de Caracas, semejantes hermosísimos cuadros, que necesitarían de superiores inteligencias, que levantando el vuelo, y cerniéndose con el dominio del águila en las alturas, los describieran con exquisita dicción y elocuentes frases, para hacerlos persistir inmutables en la memoria é imperecederos en el corazón.

Grandes son los lauros, que ha conquistado el Asilo de Huérfanos de Caracas, que ocupa el primer puesto entre todos los de su clase, que existen en la República. Es el instituto de filantropía, que mayor número de afectos se ha captado, ya por el especial objeto á que está destinado, ya por su esmerada organización que no deja nada que desear, y sí mucho que admirar.

En el seno de esta sociedad ha crecido y se ha desarrollado, hasta llegar al grado de prosperidad en que se encuentra hoy, y es tal la profundidad de los cimientos que ha echado, sobre los cuales se levanta airoso su pintoresco edificio, que sin temor de equivocarnos, podemos exclamar llenos de júbilo, será imperecedero, y siempre será el hogar de la inocencia desamparada, porque los excelsos sentimientos de caridad que lo rodean no decrecerán jamás.

Voy á terminar, pero antes séame permitido cumplir con un deber del corazón, que me obliga en este instante á invocar un nombre, que llenará este recinto, como llena á toda Venezuela, que lo ha inscrito ya en las páginas de su inmortal historia.

Os hablo del Doctor Agustín Aveledo, de este venezolano, á quien las ciencias cuentan entre sus más fecundos ingenios, la instrucción entre sus columnas más poderosas, la moral y la religión, entre sus más decididos propagandistas, las bellas artes, entre sus más fervientes admiradores, la caridad entre sus más dignos apóstoles, y la patria entre sus hijos predilectos.

Sus talentos, su actividad sin límites, sus elevados sentimientos, sus rectos procederes, en síntesis sus acrisoladas virtudes, son fuentes de limpiísimas aguas, que han regado y fertilizado

el campo de la República, y llevado hasta sus más apartadas comarcas, la simiente del más acendrado patriotismo.

El Colegio de Santa María, y este Asilo, ambos glorias nacionales, son las obras culminantes, que debe Caracas, á su iniciativa y constantes esfuerzos; el primero como plantel de instrucción, de donde han salido tantos compatriotas ilustrados é inteligentes, que se han distinguido en los diferentes ramos de las ciencias humanas; y el segundo, que como retiro de los desvalidos huérfanos, importa una deuda de eterna gratitud, que con su fundador ha contraído esta sociedad.

Oh patria querida! Cuán dichosa eres, al poder computar entre tus hijos, ciudadanos, que como el Doctor Aveledo, te honran y enaltecen, y que apesar de tus hondos quebrantos, demuestran, que no ha degenerado la raza de aquellos que te hicieron libre y soberana.

He dicho.

EL PASO-DOBLE

(RECUERDO DE 1846)

POR DON JOSE ANTONIO CALCAÑO

(A EVARISTO SOUBLETTE)

Ha muchos años, un día,
Ya el sol bajando á occidente,
Detuve el paso en un puente,
De un amigo en compañía.

En el extremo apartados
Donde se alzaba una cruz,
Viendo la expirante luz
Que aun doraba los collados,

Oyendo sonar el río,
Las hojas y los insectos,
De los antiguos afectos
Se alzó el recuerdo sombrío.

El oía y yo evocaba
Mis memorias al acaso,
Cuando sentimos el paso
De una tropa que bajaba.

De la revista volvía,
Camino de su cuartel,
Al frente en bayo corcel
El jefe que la regia:

Desplegado el pabellón,
El marchar acompasado,
En balance á lado y lado,
Las armas á discreción;

Sus charreteras y golas
Los oficiales luciendo,
Las cajas marcha batiendo,
Flotando las banderolas.

¿Qué pasaba en él, que triste
Buscaba apoyo en el puente?
Nublaba sombras su frente
Cual las que la noche viste.

Los ojos, meditabundo,
Fijaba en los oficiales
Con evidentes señales
De oculto dolor profundo.

Un signo de espada manda
Silencio á los atambores,
Y revientan en clamores
Las cornetas de la banda.

Vivaz marcial paso-doble
En los aires se dilata,
Y en lágrimas se desata
Aquel corazón tan noble.

Tal vez el dolor crüel
Era á su garganta nudo,
Pues exclamar sólo pudo:
"¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!"

¿Qué recuerdo le agobiaba?
Por más que saberlo ansiase,
Esperé que le calmase
El llanto mismo que daba.

Cuando sereno le ví
¿Y bien, que tienes? le dije;
¿Qué intenso pesar te aflige?
¿Quién es Manuel?—Y él á mí:

“¡Esa marcha!... El cielo sabe
Qué recuerdo en mí despierta!
Bien será que le abra puerta
A un dolor que en mí no cabe.

Manuel era un oficial
Del segundo batallón,
Alma todo y corazón,
Garboso el porte y marcial.

Bien que cuarenta sus años
Y yo veinte no tenía,
En lazo fiel nos unía
Afecto á prueba de engaños.

Prendábanme á mí sus bríos,
Su gallardo continente;
El era entusiasta ardiente
De los pobres versos míos;

Y su juicio temerario
Me hacía calzar tantos puntos,
Que en eróticos asuntos
Era yo su secretario.

Si de guardia, en el cuartel;
Cuando libre, en los paseos;
O en amantes galanteos,
Yo estaba siempre con él;

Y aunque los dardos me asestes
De tu frío escepticismo,
Diré que éramos lo mismo
Que ayer Pilades y Orestes.

Para más atarnos, quiso
La estrella que nos regía
Llevarnos por una vía
Del amor al paraíso.

El mismo hogar, por acaso,
Guardaba nuestros amores:
Cautivábanos dos flores
De muchas del mismo vaso.

Beatriz, de gentil donaire
Y gracia que desbordaba,
Ser del linaje mostraba
De las ondinas del Guaire.

Era Teresa (nacida
Al arrullo del Aragón)
Cual nenúfar en el agua
Por el viento adormecida,

A quien hizo despertar
O volver de su desmayo
La mirada, que era un rayo,
Del apuesto militar.

Acechados, aunque diestra
La vigilancia tirana,
Una ú otra en la ventana,
Era la victoria nuestra;

Porque á darnos asistencia
Estaba, contra el rigor,
Si en dos y dos el amor,
En cuatro la confianza.

Largo contarte sería
Tanto incidente menudo
Del dulce y estrecho nudo
Que á los cuatro nos unía—

Una noche me presento,
Como siempre, en el cuartel;
Pero ¿qué pasaba en él?
Todo estaba en movimiento.

En el suelo una rodilla
Y unos paquetes al lado,
Vi á Manuel apresurado
Atando una maletilla.

Ay! recuerdo tan crüel
Mi corazón no resiste.....
¡Qué noche aquella tan triste!
¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!

Mudo, en silencio perenne,
A que él hablase esperé.
A poco se puso en pie:
Estaba altivo, solemne.

“Bien, me dijo, has de saber
Que hayalzada una facción,
Y que sale el batallón
Mañana al amanecer.

Por fin la guerra estalló:
Pronto á su furor violento
Arderá todo, y lo siento
Por el país, por mí no.

Sangre que agosta la tierra,
Hoz que troncha y extermina,

Fuego que tala, ruina.....
Civil ó no, tal la guerra.

Nos vienen á todas manos
Con lo de *guerra civil*.....
¡Ceguera, egoísmo vil!
¿Qué guerra no es con hermanos?

Que aquí al nacer se nos filia,
Que en tal reino ó tal ciudad,
Igual es: la humanidad
Es una sola familia.

¡Y es percalce, que en la priesa
De la marcha, y el enredo
De los equipos, no puedo
Despedirme de Teresa!

Dile que su amor, su nombre,
Conmigo están noche y día.....
Mas, ¿qué tienes?..... ¡Nifería!
Vamos, no flores, sé hombre!

¿Ni qué hacer? Es mi condena:
Los militares estamos
A sueldo del pueblo, y vamos
Donde el pueblo nos ordena.

(Y añadió con ironía)
Y el pueblo está siempre atento
A dar oído al lamento
De la hambrienta artillería;

Como el tigre sin ración,
Avisa el cañón, rugiendo,
Que se está de hambre muriendo:
Yo soy carne de cañón.

Que me cuadre ó no me cuadre,
Para tal fué que nací
Y que á los mimos crecí
Y á los besos de mi madre.....

Abre esto que aquí te ato,
Si una bala me atraviesa,
Y dí tú mismo á Teresa
Sus cartas y su retrato.

Ahora, un abrazo, y te vas.
Te vas sin volver la frente,
Como lo haces usualmente.....
Vé! no puedo verte más!”—

Vuélvese, y dentro se lanza
Con rápido y firme paso.
A ahogar la tristeza, acaso,
Voces dando á su ordenanza.

Al salir yo del cuartel,
El que verme no quería,
Con los ojos me seguía.....
¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!

Encaminéme derecho
A Beatriz, que me esperaba;
El corazón me saltaba
Queriendo romperme el pecho.

Estaba la noche oscura,
Y á un moribundo farol,
Miré tras la reja el sol
De su adorada hermosura.

Su mano opresa en la mía,
Y las frases de tropel,
Fue todo hablar de Manuel,
Contando lo que ocurría.

“Dí á Teresa lo que pasa,
La prisa, la marcha urgente,
Todo, en fin”—Besé su frente,
Y volé exhalado á casa.

Me era imposible dormir,
Ni siquiera lo intenté,
Y tal como estaba, en pie,
Hallóme el sol al surgir:

Vacilé, luché gran pieza
Si saldría ó no saldría:
Si iba á verle ¡qué agonía!
Si no iba ¡qué vileza!

Un redoble prolongado
(No estaba el cuartel distante)
Me dió á entender que el instante
De la marcha era llegado.

Volé: la calle obstruida
Hallé por tropel confuso
De mujeres, como es uso
Cuando hay tropas de salida.

Tal vez mi propia aficción
Daba sombras á mi mente;
Mas todo en aquella gente
Me apretaba el corazón:

Su humildad y aspecto y ropas.....
Hijas y madres llorando,
Al par temiendo y ansiando
Que desfilasen las tropas.

Y comienzan á pasar,
Y crece el llanto, el lamento,
Y es todo gemir el viento
Y los pañuelos flotar.

Y ya aquí se vé á una hija
Tender al padre la mano,
Ya una hermana que al hermano
Le da, al pasar, su sortija;

Ya un niño á medio vestir.
Que, prendido de un soldado,
Va, más que andando, arrastrado,
Sin quererse desasir.

¡Y el vulgo los ve marchar
En hilera tras hilera,
Y ni sospecha siquiera
Los dolores de su hogar!

¡Qué sola se irá la madre
Con el hijo pequeñuelo!
¿Y dónde hallarán consuelo,
Ella viuda y él sin padre?

¡Cuál será de ella el tormento
Al ver al muro arrimados
Los hierros abandonados
Del que les daba el sustento!

Los apretará á su pecho,
Los regará con su llanto....
Y ella, Dios justo, Dios santo,
Para tal pena ¿qué ha hecho?

¿Y sabe si más verá
Al hijo de sus entrañas,
O el cuervo de las montañas
Sus miembros devorará?

Tal vez vuelva vencedor.....
Pero vencedor ó muerto,
En su pobre hogar lo cierto
Es la miseria el dolor!

¿Es ese el premio que espera,
O pueblo, á tus nobles hechos?.....
Son mentira tus derechos,
Tu libertad es quimera:

Para tí no hay ley ni fuero;
Se fuerza tu hogar sagrado
Y te llevan maniatado
Cual la res al matadero.....—

Con tanta imagen sombría
Se atormentaba mi mente
Mientras pasaban al frente
Una y otra compañía.

Vino al fin la de Manuel;
Vió su noble faz altiva,
Y sentí que se me iba
Volando el alma tras él.

Hízome de una ojéada
Nueva protesta de afecto,
Y por adiós, circunspecto,
Un movimiento de espada.

Soldados pasan y clases,
Y á mí soñar me parece;
De súbito me estremece
La banda con sus compases.

Era esa marcha crüel,
Ese paso-doble mismo.....
¡Qué desolación, que abismo!
¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!

Amigo, desde la infancia,
Del entonces Comandante
De Armas, á todo instante
Iba yo á la Comandancia.

Allí un día y otro día
Nuevas suyas procuré;
La respuesta siempre fué:
“No hay noticias todavía.”

Y uno y otro iban pasando
En este inquirir prolijo,
Cuando al cabo, aquél me dijo:
“Llegó parte, están peleando.”

“Lejos es, mas como al fin
“El posta viene escotero,
“Mañana en la tarde espero
“Que tendremos boletín.”

Y aquella tarde, en verdad,
Llegó el posta, como dijo;

Bulle al punto en regocijo
Y vítores la ciudad.

Del triunfo la turba utana,
Corre asordando las calles—
¿No hay detalles? "No hay detalles,
(Me dicen) vendrán mañana!"—

Los temía y los ansiaba,
Me alegré, me entristecí—
Cuando al nuevo sol salí,
Ya el boletín circulaba.

Eché á andar—un grupo hallé—
Ansioso y atento oía
A uno que en alto leía—
Era el parte—me acerqué.

Iba ya casi al final,
Y decía en ese instante:
*No hay cómo elogiar bastante
A tan gallardo oficial.*

*Embistió como un león
Y decidió la victoria:
Su muerte cubre de gloria
Al segundo batallón.*—

Turbó un vértigo mi mente,
Y en convulsión opresiva,
Sin saber á donde iba
Me alejé súbitamente.

Mas... si fuese otro oficial
Del segundo....—pensé yo—
Uno en esto lo nombró,
Y oí la nueva fatal.

Todo lo oí! No debía
Volverle á ver en el mundo....!
Pero á mi dolor profundo
Más amargura cabía:

Ocho meses, y no enteros,
Contaba apena en la fosa,
Y ya Teresa era esposa
De un teniente de ingenieros....."

No dijo más, que cruel
Aquel pesar lo embargaba:
Y á exclamar sólo acertaba:
"¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!"—

Fuí más tarde á verle un día,
Lo recuerdo, jueves—santo—
Le hallé escribiendo—su llanto
Mojaba lo que escribía.

Que se acordaba inferí,
De Beatriz y de Manuel—
Díome en silencio el papel,
Y estas estrofas leí:

¡Y tú también, y tú también te has ido!
¡Y tú también, y tú también me dejás!
Adorada Beatriz, Manuel querido,
¿Ni veis mi soledad ni oís mis quejas?

¿De vuestro pobre amigo abandonado
Será el ansia de hallaros ilusoria?
¿Cómo á mí no venís? ¿no habéis llevado
De aquel tiempo feliz ni una memoria?

¿Qué se hicieron, Beatriz, aquellas horas
Que me dieron tu amor y mi fortuna,
Risueñas cual la luz de las auroras,
Dulces cual los celajes de la luna?

De tus bellos abríles y los míos,
De aquella encantadora primavera,
¿En dónde están las flores y atavíos?
¿Tanto ensueño de amor un sueño era?

¡Oh ventura, Beatriz! ¿Y era creíble
Que el uno sin el otro existiera?
¡Quién jamás ideara esto imposible,
Tú muerta, y yo viviendo todavía!

¡Qué de lágrimas hoy he derramado
En el templo, Beatriz, á tu memoria!
¡Cómo á la voz del órgano sagrado
Volvió á mi mente nuestra dulce historia!

Volví á verte de hinojos con Teresa
Y á mi lado á Manuel imaginaba;
Y de amor, como un tiempo, el alma opresa,
Del mundo y mis pesares me olvidaba.

Te vi en la augusta fiesta conmovida,
Ví al cielo alzarse tus divinos ojos,
Y en ellos reflejarse, embellecida,
La tenue luz de los blandones rojos.

Sentí aquel gozo indefinible, inmenso,
En que á una me hundían las sagradas
Dolientes notas, el fragante incienso
Y la mística pesjua.....y tus miradas!

Ay! que todo ilusión y sueño era,
Menos mi soledad y mi agonía!
Que te invoco y te busco por doquiera.
Y es en vano, es en vano, oh Beatriz mía!

¡Ay! qué de veces, cuando el sol se aleja,
Solitario en las sombras me sorprendo
Asido como un tiempo de tu reja,
Un mar de amargas lágrimas vertiendo!

A imaginarte allí, los ojos cerrado,
Y muy quedo "Beatriz, Beatriz." te llamo,
Y engañado estrechando el duro hierro,
Te digo como ayer: "¡cuánto te amo!"

¿Y no respondes? ¿Callas á mi queja?
Imposible! Imposible!.... Abro los ojos,
Y ¡oh Dios! como un sepulcro hallo tu reja....
Corridos para siempre los cerrojos!

Caracas: Junio de 1893.

EL DIA DEL SANTO

Una mano descarnada, rugosa, trémula,
se me puso delante; y oí una voz lastimera
que me pedía una limosna. Volví la cara y
vi una pobre anciana octogenaria.

Al recibir la limosna sonrió y dijo con
acento de alegría:—Dios se lo pague, señor!

A los viejísimos y destrozados zapatos que
llevaba la anciana, al pañolón, lleno de
manchas y remiendos y desteñido hasta no
ser posible descubrir de qué color había sido
cuando nuevo, acompañaba un vestido de
percal gris sembrado de ramitos negros, el
que, á pesar de no esconder su hoja de ser-
vicios, contrastaba por lo *flamante* con las
demás prendas ya citadas.

No sé por qué este detalle y el buen humor
de la mendiga llamaron mi atención é hi-
cieron que al poner en sus manos la limosna
le dijese:—Vaya, me gustan los pobres como
usted, con cara de pascuas.

—Es que hoy es el día de mi santo, señor.
Tal vez sea este el último día de San Luis
que vea, porque tengo ya ochenta y cuatro
años. Para el del año que viene quizás ya
estaré en el cementerio. Hoy me he puesto
el vestido nuevo, el que me dió una señora
que me llama *su pobre*: era de su uso y me
lo dió cuando todavía podía servirle. Vea
usted como está que parece que apenas ha
sido usado. Dios se lo pague á la buena
señora: á no ser su caritativo corazón, no
hubiera tenido qué ponerme hoy. Cuando
yo era joven tenía en tal día como este,
muchos regalos y amigas que iban á acom-
pañarme, porque sabían cómo me *embullaba*.
Todo eso pasó; pero nunca dejo de sentirme
en este día menos triste que en los otros,
quizá por la costumbre. ¿Quién puede cele-
brarme ahora el santo? No tengo ya en el
mundo á nadie de familia, no tengo casa,
duermo en una donde alquilan piezas y me
hacen la caridad de permitir que ponga
mi estera en la caballeriza; se come lo que
se puede comprar en las *pulperías* con las
limosnas, el día que el tiempo y los achaques
la dejan á una salir. Ya ve usted que la
única celebración de mi santo, posible para
mí, es ponerme el traje nuevo.

—Tome usted,—le dije alargándole una
peseta—para celebrar el santo.

Y me alejé dominado por íntima tristeza.

De asistir á un espléndido almuerzo con
que celebraba sus días mi amigo L**, salí
yo de su casa para encaminarme á otra á
felicitarlo por el mismo motivo á una dama
distinguida, cuando observé que los tran-
seúntes se agrupaban cerca de una puerta
sobre cuyo umbral estaba acostada una mu-
jer. Me acerco y al llegar oigo una voz co-
nocida que dice:—Está muerta: den aviso
á la autoridad.

El que así hablaba era un médico, amigo
de mi infancia, y la muerta la anciana men-

diga, que había entregado su alma á Dios
precisamente el día de San Luis. No había
tenido, como el año anterior, ni un vestido
desechado: estaba cubierta de harapos. No se
le encontró ni un centavo, ni un mendrugo;
pero de fijo que fué á celebrar su santo en la
mansión de eterna dicha.

E. MÉNDEZ Y MENDOZA.

NUESTROS GRABADOS

Nueva Carátula

De vestido nuevo aparece este número de EL
Cojo ILUSTRADO.

El artista venezolano Herrera Toro, á quien
debemos tan buenos dibujos á la pluma, ha que-
rido ponerlo de gala con la Carátula que hoy
publicamos.

Como todos los de Herrera, se recomienda
este dibujo por la sobria sencillez de los deta-
lles, que, hace más despejadas la intención y la
labor del artista.

El Nazareno de San Pablo

(FOTOGRAFÍA LESSMANN)

No podríamos decir á punto fijo cuantas repro-
ducciones se han sacado de la divina imagen, tan
venerada.

La leyenda, la tradición, la poesía, músicos y
artistas, el alto comercio de Caracas, cada uno y
todos emulándose á quien más patencie su fervor,
han dejado á los pies del Nazareno las ofrendas de
un sentimiento que no se enfra sino que los años
aquilatan.

La copia fotográfica de Lessmann es una de la
más acabadas y artísticas. Por eso la hemos es-
cogido para obsequiar con ella á los numerosísi-
mos devotos del *Nazareno de San Pablo*, llamado
así por la iglesia de Caracas en que se le veneró
hasta ser demolida, para levantar sobre sus ruinas
nuestro actual Teatro Municipal.

Doctor Angel Urdaneta

"EL PADRE DE LOS POBRES DEL ZULIA"

Publicamos hoy el retrato de este distinguido
ciudadano con motivo de la fiesta que ante escogi-
da y numerosa concurrencia, y como tributo á la
memoria de aquel benefactor de la humanidad, se
llevó á efecto el 8 del corriente en el Asilo de
Huérfanos de Caracas.

La fiesta dió principio en el templo de la Pastora,
con la comunión que muchos huérfanos hacían
por primera vez, en honor también á la memoria
de aquel notable filántropo y luego continuó en la
hermosa casa del Asilo, con un acto literario, en
que tomaron parte varias señoritas y caballeros.

Se leyeron sentidas poesías alusivas al acto, y
se tocaron y cantaron en el piano selectas piezas,
que fueron muy aplaudidas, y que produjeron en
el ánimo del auditorio muy agradables impresio-
nes que recordarán para siempre aquella edificante
fiesta de la caridad.

Felicitemos al Doctor Agustín Avelado por este
brillante éxito, y á nuestro amigo el Doctor Fé-
lix Quintero, por el discurso que pronunció como
orador de orden designado para el acto y el cual
publicamos en la página 142.

Hacienda "Las Tapias"

Cuadro de nuestras costumbres populares, de
los hábitos cuasi patriarcales que todavía se
observan en el campo, es el que se desarrolla
en las cuatro vistas que de la hacienda de café
"Las Tapias" hemos podido obtener.

Cómo será el asombro de esta gente al verse
perpetuada en el grabado! El carifio con que
recogerán esas cuatro vistas, expresión de la
existencia que han llevado! Vistas que les re-
cuerdan todas las fases de su vida, el día en
que se agruparon en los patios ó bajo el cober-
tizo de la casa para que las reprodujese el fo-
tógrafo escenas á diario repetidas y á diario tam-
bién esperadas con agrado.

Se ve que no ha sido olvidado ningún detalle.
Allí, en esa parte de los patios, el apiñamiento
de trabajadores y viajeros, las bestias sacadas del
pesebre para que ni aun muriendo se las olvide,
quizás algún amigo del propietario de cuya visita
queda el recuerdo; acá, bajo el techo del de-
pósito, los caporales y los peones; en esa otra
parte, las *cogedoras* de café, protegidas por la
sombra de los árboles que igualmente favorecen
el cultivo de la hacienda; y aun todavía la
promiscuidad de los recolectores de ambos sexos,
con sus aseados ó vistosos trajes de domingo, pre-
parados para la fiesta de "Las Tapias."

Porque hay fiesta en "Las Tapias" cuando la
recolección ha terminado; obsequio de ternera
y baile, en el que toman parte el peonaje y los
vecinos, y que es ofrecido generoso como re-
compensa y como estímulo.

¿No hace recordar esa costumbre hábitos de
otros pueblos y otras épocas?

¿No habla elocuentemente por sí sola, en pró del propietario de la finca y de los trabajadores que de ella viven?

En jurisdicción de San Felipe; está radicada la hacienda "Las Tapias." Es propiedad del señor Ramón Elizondo, y á fe que si en el resto del país se observaran la disciplina y buen acuerdo que allí reinan entre el proletario y el dueño de la finca, otra muy distinta sería la suerte de nuestra decadente industria agrícola.

Los Generales y el Muyik

Las ilustraciones de este artículo son debidas al dibujante señor Ferré Abella, que se encuentra temporalmente en Caracas.

La dirección de EL COJO ILUSTRADO no desperdicia ninguna ocasión que se le ofrece, de presentar al juicio de los lectores de esta revista los trabajos de los artistas conocidos y de los que vienen al país aunque no sea para fijar en él su residencia.

Barquisimeto

Aumentamos la ya numerosa colección de vistas del Estado Lara, con varias, que teníamos prometidas, de su capital, Barquisimeto: una del Mercado, otras de la Cárcel pública, Estación del Ferrocarril, el cementerio, la laguna de la Mora, templo de la Concepción.

Casi puede decirse que están en esas vistas compendiados todos los géneros de vida que se llevan en la ciudad: desde el religioso é industrial hasta el penitenciario de cuarteles y cárceles.

CRÓNICAS YANKEES

New York : Marzo de 1894.

Puesto que estamos en los días en que la gran familia cristiana conmemora los misterios y verdades más sublimes de su credo y doctrina, oportuno nos parece echar una ojeada, aunque rápida y somera, sobre el origen y actual estado de las creencias en esta democracia, que tanto ha menester de aquel contrapeso para equilibrar los efectos de un crecimiento material cuya rapidez y proporciones no tienen paralelo en la historia.

Siempre será motivo de sorpresa y aun de asombro para el investigador encontrar el sentimiento religioso más puro é intenso en los orígenes históricos de una nación que en época tan positivista como la presente, descuella no obstante por su exagerado culto á la riqueza y á los goces materiales que ella proporciona. Es preciso consultar sus historiadores, Mortón entre los antiguos, y Adams entre los más recientes, para comprobar hasta qué punto la obra de la colonización anglo-sajona en esta parte de América, fué determinada en sus principios por necesidades y aspiraciones vehementes de un orden espiritual, el más elevado. Según Morton, el viaje á través del Atlántico y el arribo á estas playas de los primeros colonos ingleses, revistieron los caracteres de una peregrinación mística delante de la cual palidecen los cuadros más vívidos de los primeros cruzados cuando una caballería desocupada y andantesca tomaba las armas á la voz de Pedro el Ermitaño, para ir á rescatar el sepulcro de Cristo y las montañas sagradas de la Judea. "Llegaron al puerto en donde los aguardaba un buque, dice aquel historiador, rehiriéndose á los emigrantes fundadores de la primera colonia. Un gran número de amigos que no podían seguirlos habían querido al menos acompañarlos hasta allí; la noche la pasaron sin dormir, entregados á las expansiones de la amistad, á discursos piadosos y á la expresión de una verdadera ternura cristiana; al día siguiente se trasladaron á bordo: sus amigos quisieron acompañarlos también hasta allí, y entonces fué cuando se oyeron profundos suspiros, fervorosas oraciones y estrechos abrazos con lo que hasta los mismos extranjeros se sintieron eternecidos. Dada la señal de la partida, se pusieron de rodillas y su pastor, elevando al cielo los ojos llenos de lágrimas, llamó sobre ellos la misericordia divina." Tan luego como asentaron su planta sobre las costas del nuevo mundo, apresuráronse á redactar y firmar una acta, verdadera constitución teocrática de la futura colonia, cuyas palabras y conceptos resuenan como las voces de un órgano bajo las arcadas y en el claro-oscuro de una Catedral gótica.

"Nosotros los abajo firmados, que por la gloria de Dios y el desarrollo de la fe cristiana,

y la honra de nuestra patria, hemos emprendido fundar un establecimiento en estas remotas regiones, por la presente convenimos delante de Dios en formar un cuerpo civil y político con el objeto de gobernarnos y de trabajar en el cumplimiento de nuestros designios."

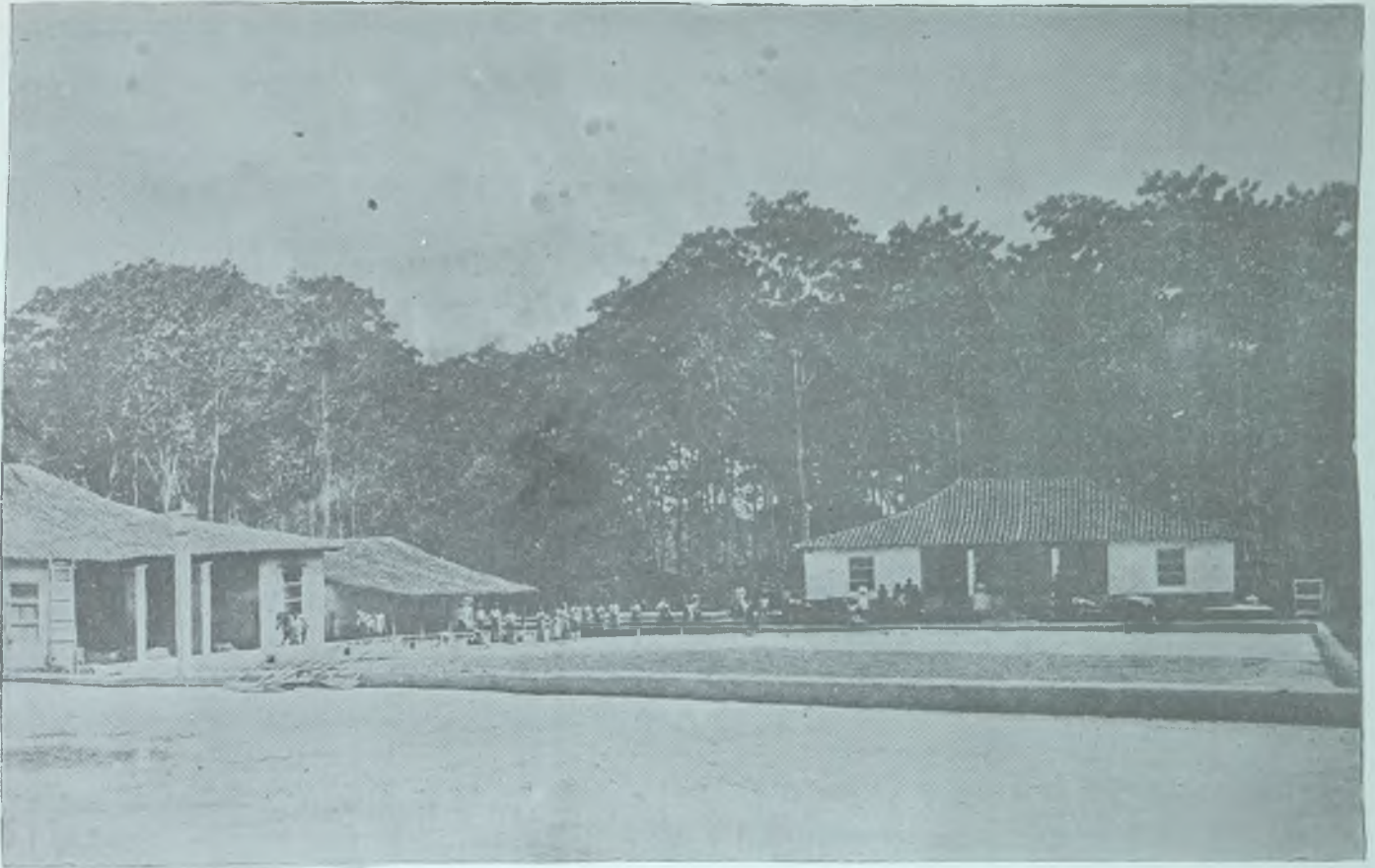
"Debemos recordar siempre, agrega otro historiador, que nuestra colonia fué fundada con un objeto cristiano y de ninguna manera comercial. Y si alguno de nosotros aprecia más el mundo que la religión, éste no es un hijo verdadero de la Nueva Inglaterra." Iguales principios informaron luego la constitución de las demás colonias cuya agrupación se cubre y distingue hoy mismo con aquel nombre. Las máximas más puras del Evangelio fueron aplicadas al orden temporal como reglas invariables de gobierno civil y político para aquellas sociedades en formación. Penas severas que incluían en no pocos casos la mutilación y aun la muerte, fueron decretadas para castigar á los trasgresores. La moral absorbía de tal manera el derecho, sus manifestaciones externas y su sanción penal, que el más ligero vicio ó una simple disidencia en materia de creencias eran castigados con rigor extremo. En Massachusetts, por ejemplo, la observancia del domingo iba hasta paralizar los deberes de la ternura materna, puesto que las madres no podían dedicarse ese día al cuidado y alimentación de sus hijos. Por uno de esos fenómenos de que está llena la historia y en virtud de los cuales las verdades del orden más elevado se transforman y aun paralizan su acción bajo la influencia de causas secundarias y transitorias, los perseguidos de la libertad religiosa en el viejo mundo se hicieron á su turno los perseguidores del mismo principio en la región que habían venido á buscar como refugio contra semejantes males. El espíritu de secta dividió enseguida los colonos y sus distintos credos hasta que el catolicismo vino á proclamar por vez primera en el suelo de la virgen América los principios de libertad religiosa practicados hoy tan ampliamente por la generalidad de sus pueblos. Lord Baltimore, espíritu generoso y alma apostólica, que había renunciado al protestantismo por el horror que le causara su feroz intolerancia contra los católicos de Inglaterra, obtuvo á mediados del siglo XVII del rey Jacobo I una concesión de tierras en Maryland donde se trasladó y fundó enseguida con 200 familias inglesas católicas la colonia que trasformada en Estado conserva aquella denominación. "En atención, dice el acta de fundación, que lleva la fecha de 1649 á que la opresión en materia de fe religiosa ha producido funestos resultados en todas las sociedades que la han empleado; para favorecer también la paz y la tranquilidad en el gobierno de esta provincia, y sobre todo para mantener una caridad mutua entre sus habitantes, toda persona que profese la creencia de la divinidad de nuestro Señor, no podrá ser molestada ni en su religión, ni en el libre ejercicio de su culto." Desgraciadamente esta bandera de libertad aunque destinada á cubrir únicamente á los miembros de la comunidad cristiana, no flameó por largo tiempo allí donde la plantara el generoso lord. Numerosos disidentes y perseguidos de otras colonias acudieron á Maryland en solicitud de respeto para sus creencias, y una vez en mayoría, terminaron ellos también por desconocer el alma mater, cuyo calor habían ido á buscar. Los católicos quedaron virtualmente proscritos del hogar que habían fundado, y cuando medio siglo más tarde Guillermo Penn tentó asegurarles un Asilo en el Estado que hoy lleva su nombre, sus esfuerzos en tal sentido resultaron vanos y los católicos quedaron expresamente escluidos también de la nueva comunidad. "Tal era la situación religiosa de la América, dice Jonveaux, cuando estalló la guerra de la independencia; la rivalidad de las sectas dividía profundamente á los Estados Unidos, pero el amor á la libertad los reunió; olvidaron la diferencia de creencias para combatir bajo una misma bandera, y más tarde, cuando la victoria hubo recompensado su valor, confundieron en una admiración común á todos los defensores de su causa. La semilla esparcida por lord Baltimore y por Guillermo Penn aunque lentamente había germinado en los espíritus: el júbilo del

triunfo y las necesidades de la política aceleraron el reinado de la tolerancia."

"Constituidas las colonias en federación, el gobierno central encargado de representarlas, no podía inclinarse más á las creencias de un Estado que á la de otro; así fué que el privilegiado talento de Washington no tuvo dificultad en hacer que el Congreso adoptase el principio de la libertad de conciencia."

La forma constitucional de aquella adopción inauguró una era hasta entonces completamente desconocida en la historia del mundo cristiano. Por primera vez á contar desde la fecha en que el emperador Constantino hizo al cristianismo el muy problemático servicio de tomarlo interesadamente bajo la protección oficial de su poder cesáreo, la religión dejó de ser asunto legislable ó de gobierno, y el Estado que hasta entonces fuera su amo y señor las más de las veces, su apoyo en muy pocas, renunció á este doble papel y se limitó en lo sucesivo á garantizar eficazmente la libertad de las creencias y el ejercicio de los cultos, sin más restricciones que las requeridas para la conservación del orden y la moral pública. La reforma trascendió gradualmente, aunque no sin muchas resistencias y dificultades, de la constitución nacional á las constituciones locales hasta 1830, en que Virginia, el Estado más intolerante, sobre todo respecto de los católicos, rindió sus armas al espíritu nuevo por medio de una declaración de su Asamblea general, que termina con estas palabras: "se declara por tanto que todos los ciudadanos podrán profesar sus convicciones en materia de fe, sin que eso pueda jamás amorrar, restringir ni afectar en nada su capacidad civil."

Tales fueron en su tiempo los elementos generadores de esta atmósfera de libertad bajo cuya influencia vivificante la vida religiosa en los Estados Unidos se ha desarrollado hasta aquí con la amplitud y vigor, de que son elocuente testimonio el extraordinario número de sus iglesias y credos, el de las instituciones docentes que cada una de ellas mantiene, y el mayor aún de los establecimientos de caridad y beneficencia donde las legiones del dolor humano encuentran pan, abrigo y consuelo. El sistema lejos de haber conducido las almas al estado de enervadora indiferencia, que es la principal objeción de sus adversarios, ha por el contrario realizado el fenómeno de una nación y un gobierno eminentemente religiosos, con leyes que no profesan ningún credo, ni sostienen ningún culto, y esto á despecho del frío escepticismo dominante en nuestra época, y de los millones de renegados ó de ignorantes sin creencia alguna, que la injusticia del estado social europeo arroja anualmente sobre este suelo, convirtiéndolo así en vasto laboratorio de una depuración pacificadora. Ciertos hechos que algunos observadores inatentos ó prevenidos, atribuyen á laxitud ó debilitamiento, no revisten en realidad tal carácter y son por el contrario claras indicaciones de una evolución por la cual el cristianismo local, obra de la reforma, tiende á refundirse en la unidad fundamental del catolicismo, aliado aquí por tradición y gratitud con la libertad y la democracia: concentración prevista de tiempo atrás por espíritus superiores entre ellos, el protestante Mr. Guizot y que un publicista chileno anunció ahora 30 años en esta bella imagen: "Las sectas son al catolicismo lo que las evaporaciones del Océano al Océano mismo, emanaciones que arroja y que recoge incessantemente." Hay en efecto algo que se transforma si no que se debilita y perece en la vida moral de este pueblo, pero ese algo, no es la fe religiosa sino el espíritu sectario, sus luchas renovadas, su dogmatismo oscuro y ríprocamente demoleador, su rigidez fría, en presencia de la cual el corazón del pueblo que sufre y espera, que necesita creencias sencillas y vigorosas, se vuelve irresistiblemente hacia el altar, donde bajo el dulce perfil de Jesús se le predicen las doctrinas claras al par que fundamenteles del sermón del Huerto. "El protestantismo observa Jonveaux, que en Europa mantiene todavía cierta uniformidad, no ha podido sostener la prueba de la libertad americana; mil congregaciones rivales se disputan las conciencias, y podrían citarse familias que



HACIENDA "LAS TAPIAS" en San Felipe (Venezuela) — Propiedad del señor Ramón Elizondo
Parte de los patios de café

cuentan en su seno tantas creencias diferentes como individuos."

Ninguna de las cinco ó seis comuniones fundadoras ha logrado escapar á los males de semejante disgregación. Los presbiterianos, conservadores de la tradición puritana, que por lo selecto de su personal, así como por la vasta influencia que han ejercido en la vida social y política, se llaman ellos mismos "la médula espinal de la América," se encuentran hoy más encarnizadamente divididos que ahora 35 años, cuando los del Sur y los del Norte disientían profundamente sobre el carácter de la esclavitud. En igual situación se hallan los "congregacionalistas," acaso los más independientes y los más divididos entre la familia protestante los "baptistas," los "metodistas," los "cuáqueros," que ya no son sino una sombra ó una mera tradición, aun dentro de su antigua Metrópoli Filadelfia. En vano los "episcopalianos" han hecho esfuerzos por reconciliar tantos partidos y salvar de la disputa algún dogma y algún símbolo. Todos se encaminan, por el momento al menos, al unitarismo, que una vez privado de la unción evangélica y de la profunda ternura que le comunicara Channeny, su principal apóstol es hoy un sentimiento individual más bien que una religión con creencias capaces de unir á sus adeptos. En medio de este descuadernamiento, por decirlo así, de la Biblia y del Evangelio, conforme al cual cada nueva secta disidente toma para sí una hoja de aquellos libros, á reserva de desmenuzarla en seguida, el catolicismo libre de las alianzas políticas que lo han hecho sospechoso en Europa y tienden á impopularizarlo en nuestra América, recoge diariamente á los náufragos y aumenta á ojos vistos su autoridad y sus fuerzas numéricas. Poco menos que desconocido á principios del siglo, cuando el papado gestionaba tímidamente ante el congreso el establecimiento de una primera diócesis, abarca hoy la sétima parte del total de la población. No hay un punto del país donde no tenga una Iglesia. Su clero es tan numeroso como ilustrado y respetable,

excepción hecha de una parte del contingente irlandés, que todavía deja mucho que desear, en cuanto á la segunda de aquellas cualidades. Sus instituciones docentes, multiplicadas á diario comparten con los municipios las tareas de la enseñanza popular. Los salesianos y Jesuitas, purgado el sistema de estos últimos de los vicios de localidad é influencia mundana, que lo desvirtúa en otras partes, dirigen establecimientos de enseñanza superior, á los cuales los protestantes mismos envían de preferencia sus hijos. Entre sus altas dignidades eclesiásticas figuran espíritus tan bien cultivados como el del Cardenal Gibons, Arzobispo de Baltimore, oradores sagrados tan elocuentes como el reverendo Dr. Ryan de Filadelfia, á quien sus compatriotas comparan con Massillon, teólogos tan profundos como el de Chicago, y almas apostólicas como el de San Paul, Monseñor Ireland, ante cuya majestuosa figura germina la representación del pensamiento religioso en este país, se ha inclinado lleno de respeto el conocido sicólogo y novelador francés Paul Bourget. Varias causas secundarias ó de carácter puramente humano han contribuido y contribuyen á este auge, sin que sea la primera, como lo pretenden algunos observadores superficiales, la del contingente de la emigración irlandesa, que aun siendo como es muy numerosa, no bastaría á explicar el aumento diario de los católicos y el del poder de su iglesia. El catolicismo gana aquí terreno no sólo por el prestigio de su autoridad que conserva intacta, en medio de tantas luchas, sino también porque ha tomado bajo su especial protección la causa de los débiles, de los oprimidos, de los desamparados. Cuando se trató de la abolición de la esclavitud, el voto y el esfuerzo de los católicos fueron unánimes y enérgicos en contra de la horrible institución, mientras que presbiterianos, congregacionalistas y metodistas, se repartieron con las armas en la mano entre los dos campos. Una vez que estalló la guerra civil, dice el autor últimamente citado, "el catolicismo fué el único que reunió en un fraternal amor á todos sus hijos, sin

distinción de partidos ni de opiniones políticas." En tanto que las iglesias protestantes siguen intamando á sus adeptos con el espíritu de la pretendida superioridad natural de determinadas razas, el catolicismo tiende la mano al indio y al africano y procura que participen realmente de los goces y ventajas de la sociabilidad, combate la bárbara costumbre del linch y manteniendo la indisolubilidad del matrimonio, como el vínculo de las almas más bien que como simple comercio de los cuerpos, contrarresta eficazmente la disolución de la familia, que es acaso la llaga más profunda entre las que laceran actualmente la sociedad americana.

No obstante tan eficaz apostolado y tan eminentes servicios, su acción inmediata sobre la moralidad de las costumbres públicas es aun muy deficiente, ya sea porque teme aliarse con intereses políticos efímeros y á la larga perjudiciales, ya porque se reciente, sobre todo en esa ciudad de Nueva York de la pernicioso influencia del elemento irlandés que como para acusar eternamente á sus opresores en Europa apenas acierta á hacerse digno de la libertad que le restituyen las instituciones de este pueblo. Fáltale también facilitar el problema de la educación popular de acuerdo con la familia y el Estado, sin cuyos comunes esfuerzos seguirá siendo insoluble, y estará constantemente expuesto á degenerar en la tiranía ó á llevar al pueblo al más grosero materialismo. De estos peligros, así como de la necesidad de aquel acuerdo se ha apercibido de tiempo atrás el arzobispo Ireland, quien con el apoyo del actual Pontífice, tienta los medios de conciliar los intereses en pugna, conciliación más importante y necesaria, ahora que el problema social principia á aparecer en este suelo tan sombrío y amenazante como en Europa. La juventud y aún la ríñez precocemente independizadas de la autoridad de la familia en esta sociedad esencialmente combatiente é individualista, no puede pasar por la escuela comunal desamparada de toda dirección religiosa, sin peligro de caer en la anarquía moral y material que es el gran mal de nuestro



TIPOS YARACUYANOS. — Caporales y peones de la Hacienda «Las Tapias» — (San Felipe)

siglo. No basta formar ciudadanos, es menester educar también hombres, so pena de que á la larga y en la evolución de la institución con las nuevas costumbres, sucumba irremediabilmente la primera. En la actual lucha de los partidos hay más de un síntoma que indica la urgente necesidad de llenar aquel vacío.

R. B.

MADRILEÑAS

(EPISODIOS DE UN ESTRENO)

Fué un estreno de historia el estreno de *Luciano*; un estreno que ha pasado por multitud de azarosas etapas. Su autor, Joaquín Dicenta es héroe, protagonista y mártir: todo á un tiempo.

Desde la lectura de la obra comenzaron los tropiezos. Verán, ó mejor, oirán ustedes "el cuento," porque es un cuento con ribetes de tragedia.

A María Guerrero, primera actriz de la Compañía de Mario, le correspondía desempeñar de mujer de Luciano; ora por antiguas desavenencias con Dicenta; ora por el carácter voluntarioso de aquella señorita; ora porque el papel, valga la verdad, era harto sinuoso, es lo cierto que la Guerrero se negó resueltamente á tomar parte en la comedia. Entonces fué de ver á Emilio Mario husmeando los escenarios de todos los teatros, buscando aquí y solicitando allá, una actriz capaz de resistir el poder artístico de Thuillier —que hizo de protagonista. Allá, á las mil



JOAQUÍN DICENTA

y quinientas correrías Teodora Lamadriz ofreció una de sus discípulas del Conservatorio, y empezaron á macha martillo los ensayos. Todo iba á pedir de boca cuando se interpone á lo mejor Pérez Galdós, queriendo que se representara una vez más *La de San Quintín*, precisamente el día anunciado para el estreno de *Luciano*; se aplaza éste y á vuelta de unos días se anuncia en cartelones y periódicos la esperada aparición del "drama de los percales," como lo apellida Luis París.

Al fin, al fin llegó la noche tan soñada.

El teatro está pleno; el telón se ha recogido lentamente; un silencio sepulcral reina en la sala.

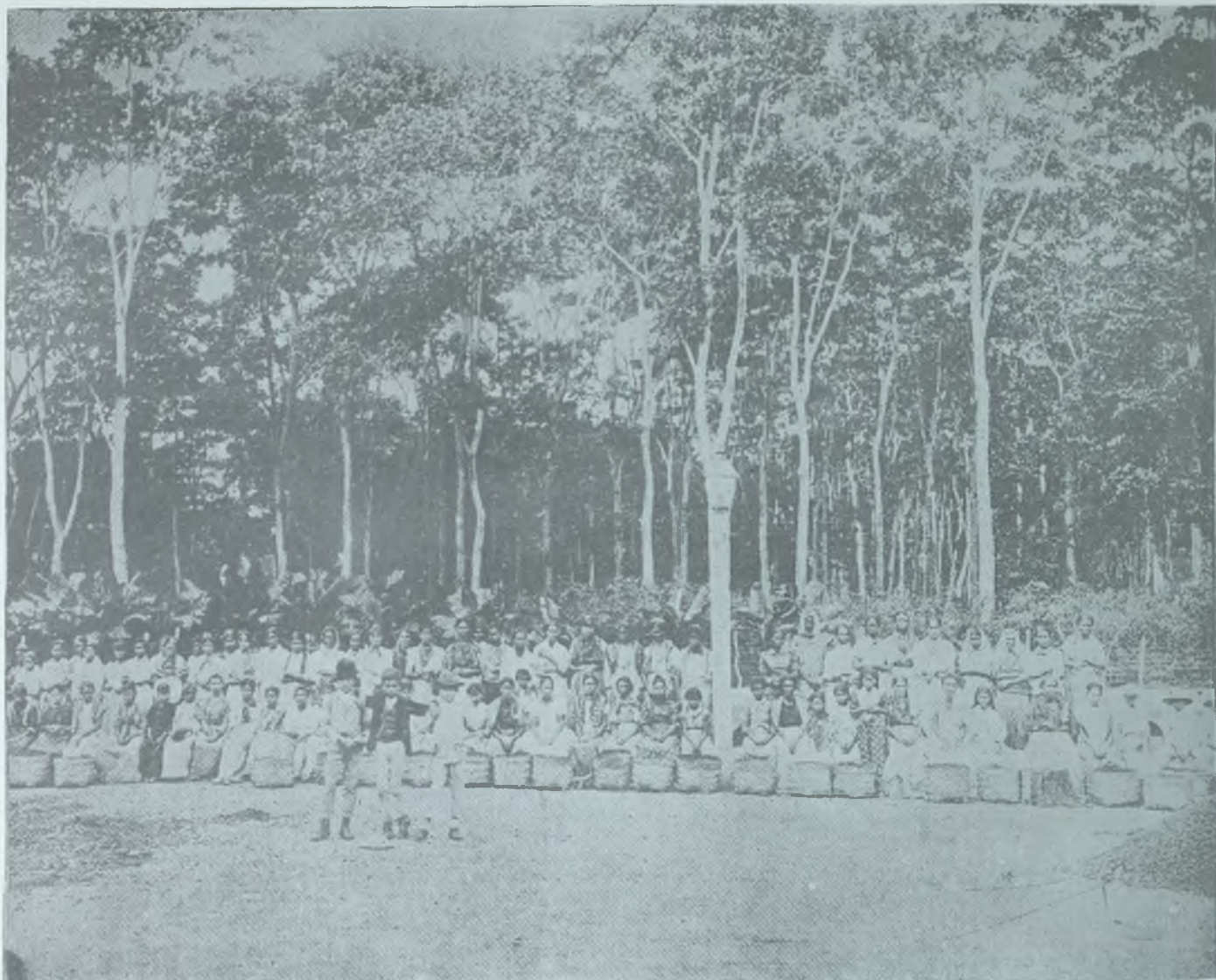
Ahí está Luciano.

Va á relatarnos un crítico distinguido el argumento.

"Luciano es un artista de grandes alientos y de verdadero valer, como lo prueban, unas tras otras, las mordeduras que en su nombre hacen los envidiosos. Pero Luciano, que tiene todas las satisfacciones que proporciona el arte, se ve solo en su hogar; su esposa no es su esposa, es la mujer unida á él sólo por la bendición del sacerdote; pero no lo que debe ser toda compañera que vive en absoluta compenetración con el hombre, lo cual abre un abismo entre ella y el artista á quien no sabe comprender.

"Además y para amargar más la existencia de Luciano, ni su esposa Julia ni la madre de ésta conciertan en carácter con la buena y piadosa doña Dolores, madre del artista, con la que en modo alguno quieren compartir la comunidad del hogar y á la que rechazan. Luciano está haciendo el busto en barro de Angela, una aristócrata que fué su amiga de la infancia y que, al revés de Julia, le comprende y alienta, y hacia ella se vuelven el corazón y las potencias todas de Luciano, aunque contenido por la bondad de su madre y el buen sentido de un amigo probado del artista.

"Pero fatal é inevitablemente el divorcio moral de Luciano y su mujer llega á ser un hecho definitivo; Luciano va á vivir con su ma-



GRUPO DE «COJEDORES DE CAFÉ» (Hacienda «Las Tapias»)

dre, y Julia con la suya permanecen en el que fue de todos.

“Pero la madre de Luciano con su recta y simpática intervención, consigue que Angela, la esposa que eligió la voluntad del escultor, y que no sancionó la religión, escriba á Luciano rompiendo el lazo que une á ambos, sobre todo desde que el artista provocó en duelo á un necio adorador de Angela. Y en aquellos instantes, la esposa que no supo, ó no quiso comprender y estimar en todo su valor á aquel hombre, llega para obligarle con el derecho que da la ley. Una violenta escena entre Julia y la madre de Luciano determina en ésta una crisis decisiva de su enfermedad del corazón, que la mata en brazos de su hijo.

“Entonces Luciano, en un hermoso arranque, arroja de su casa á aquella mujer, y en su soledad terrible, solo encuentra calor y simpatía en los corazones de Angela y del amigo de toda la vida.”

A través de ese argumento, sin darle vueltas, se vislumbra á un autor dramático de cuerpo entero. Tal lo comprendió el público que no cesó de llamarlo infinidad de veces al palco escénico Y eso que la ejecución fué deplorable. Excepción hecha de Thuillier que desempeñó maravillosamente el Luciano, todos, todos los artistas flaquearon durante la repre-

sentación: hasta la Sofía Alverá—que sabe creerse en otras obras—estuvo lastimosamente desacertada. De la señorita Paz, la discípula de Teodora Lamadriz vale más callar: el público no tuvo en consideración que era una dama; y á las primeras de cambio, cuando apenas dijo unas cuantas frases, se le echó encima. A bien que la ayudara su serenidad aquella noche, pues de lo contrario el desastre habría sido espantoso. Ni los diálogos llenos de luz ni las metáforas brillantes ni las magníficas conclusiones que en su boca puso el autor fueron suficientes á defenderla de la animosidad del auditorio.

Con todo Dicenta triunfó franca y sonoramente en *Luciano*, á pesar de la tesis audaz que expone; á pesar de los descalabros de la actriz y á pesar de los malquerientes—que los había—

Los admiradores y amigos del valiente dramaturgo y del bizarro intérprete de la obra señor Thuillier, quien según la prensa madrileña ha dado un paso de gigante en su gloriosa carrera artística, celebraron la victoria de ambos con un espléndido banquete en el Restaurant Inglés y á cuyo acto asistieron los más reputados escritores y artistas de la coronada villa y corte.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

CEREMONIA PONTIFICIA

Entre las ceremonias más características que se celebran en el Vaticano una vez por año, debe citarse la de la bendición de los corderos cuya lana debe servir para tejer el *pallín* destinado á los Arzobispos.

Cada año el día de Santa Inés, el Papa, sentado en su trono y rodeado de los personajes de su corte, recibe á dos de los Canónigos de la Basílica de San Juan de Letrán que le presentan dos pequeños corderos vivos y blancos y adornados con cintas.

El Papa los bendice y los hace entregar en seguida á los religiosos del convento de Santa Inés, que están encargados desde tiempos inmemoriales de cuidarlos y de recoger la lana que debe servir para la confección del *pallín*.

Tal es la escena curiosa y sencilla a la vez. ¿Pero qué es el *pallín*?

Esta insignia es especialmente la de los Arzobispos, que la reciben al entrar en las funciones, y es siempre un obsequio de la Santa Sede.

El *pallín* era primitivamente un manto que se llevaba sobre las demás vestiduras, pero á causa de reducciones sucesivas, no queda de este manto archiepiscopal más que una especie de cuello muy abierto que descansa sobre las espaldas y que está formado de una banda de lana blanca, marcada con cruces negras.

La misma banda se prolonga en dos puntas algo cortas, de las cuales una cae sobre el pecho y la otra sobre la espalda. Esta pieza no lleva ninguna ornamentación, ni bordado ni pedrería.

Recuerda por su sencillez, los primeros días de la Iglesia. No entra en su confección más que lana, la que desde su origen recibe la bendición Papal.



HACIENDA « LAS TAPIAS » — (Grupo tomado en la casa de habitación)

CONTRIBUCION AL FOLK-LORE SOBRE LA FRASE « DAR CALABAZAS »

(Paralelos)

Entre los varios y curiosos ritos que en la celebración del matrimonio se observan en Annam, Tonkín (Indo-China) hay uno, el que finaliza la ceremonia, en cuya observancia los contrayentes se prosternan alternativamente ante el altar de los genios del Matrimonio, de antemano preparado en la habitación nupcial, situándose la novia á la derecha y á la izquierda el novio; luego sírvense mutuamente de beber, cambian sus tazas y concluyen volviendo á colocar la una sobre la otra. Este rito, que en la lengua del país se llama *hiệp cún*, no viene á ser, según el erudito folk-lorista Mr. G. Dumoutier, sino reminiscencia de una antiquísima costumbre simbólica que, para el caso, se seguía y la cual consistía en colocar sobrepuestas las dos mitades de una calabaza, de modo que ésta quedase reconstituida. (1)

En España existe, autorizada por el uso de las personas ilustradas, la frase *dar cala-*

bázas, la cual, según los más notables Diccionarios, significa: « reprobar á uno en algún examen » y también « desear las mujeres á algún novio..... » « Dícese también llevarlas, en su caso (2). Más dádilivosos y generosos aún somos acá en Venezuela, donde no sólo las mujeres dan calabazas á los hombres, sino también éstos se las dan á aquellas, á quienes toca entonces llevarlas.

Ahora bien, de la gran familia botánica de las *cucurbitáceas*, á que pertenece la calabacera (*cucurbitas peppe*), posee nuestra flora varios otros géneros, uno de los cuales, el denominado *camaza* (*cucurbitas lagenaria*), da un fruto de grandes dimensiones, duro, consistente y que después de seco puede destinarse á diversos usos, principalmente en el campo, donde lo emplean para recoger ó sacar agua, para lo cual lo dividen por la mitad; ó bien para guardar vino, aguardiente y toda clase de líquidos, para lo cual lo conservan entero practicando un pequeño agujero en una de sus extremidades. La calabacera, por el contrario, produce la suave y blanda calabaza, con cuya carne se confeccionan varias clases de dulces agradabilísimos, después de separada la corteza, que es un tanto áspera y amarga al paladar.

De aquí proviene sin duda que entre nosotros nadie emplea la frase *llevar calabazas* refiriéndose á la persona enamorada á quien se las han dado, sino que todos sin excepción dicen que aquella está calabaceada, ó mejor aún que está *comiendo calabazas*, para indicar con esta antífrases, (forma de ironía que es de las más usadas) que no es dulce el trance que debe de estar pasando el desafortunado ó la infortunada á quien, ha negado sus favores, en la ocasión, el rapaz ce-guezuelo.

Sentado esto ¿qué agradecería más á nuestras gentiles damas y á nuestros apuestos caballeros: escanciarse el vino del amor en las antiguas calabazas del pueblo annamita, ó comer las calabazas del pueblo venezolano? Es seguro que todos responderán sin hesitación y á una voz: beber en las calabazas con las formalidades del ritual de aquella hermosa región de la Indo-China. En cuanto á nosotros, si fuésemos interrogados á nuestra vez sobre el particular contestaríamos, también sin vacilar: comer primero las calabazas venezolanas en gran cantidad, para que nos sea luego más agradable el vino de las calabazas del Tonkín.

TEÓFILO RODRÍGUEZ.

Caracas: 1893.

(1) "Revue des Traditions Populaires", 83. année. Tom. VIII. núms. 5-6. Aquel distinguido escritor, que es miembro de la docta Sociedad de Tradiciones Populares de París y Director de la Enseñanza en el Tonkín, acaba de ser nombrado miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela.

(2) Véanse por ejemplo el Diccionario Enciclopédico de la Lengua española por don Nemesio Fernández Cuesta y el Diccionario de la Real Academia Española.



TEMPLO DE LA CONCEPCIÓN. — Barquisimeto (Venezuela)

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

—Y entre tanto, me dejarán ir como antes a visitar a Teresa. ¿No es verdad? Si me dejan ir a verla, creeré todo lo que tú me digas y todo lo que quieras.

El abuelo comprendió en las frases de su nieta y en el modo de expresarlas, que era conveniente acceder a lo que pretendía prometiéndole llevarla a casa de Teresa.

Era el único medio de alejar las sospechas que bullían aun en la mente de Susanita.

—Ciertamente, dijo, no se te impedirá que veas a tu buena amiga; ¡Pues no faltaba más! ¿Y qué razón puede haber para que se te prohíba visitarla? Verás a Teresa cuando te acomode.

—Querido abuelito, ¿no es cierto que entre los dos acabaremos al fin con esas pícaras dificultades? ¿Me das tu palabra de hacer por tu parte y en ese sentido todo lo que puedas?

—Sí, queridita, no tengas cuidado que yo te lo prometo, murmuró el abuelo acariciando a la niña; desde hoy mismo voy a ocuparme en eso.

—¿Qué bueno eres, abuelito! dijo la niña con fiada y satisfecha.

CAPITULO XXIV

EL ENCARGO DEL VIEJO Y LA VISITA DE LA NIÑA

Aquel mismo día visitó el abuelo, como estaba convenido, a la señora de Montlaur.

Teresa, que estaba en la sala con su madre, se levantó alegremente para saludar al abuelo de su graciosa amiguita.

Pero el aire de gravedad que afectaba el buen señor la sorprendió desde luego, y reparó además que los ojos del anciano se fijaban en ella con tristeza. Todo en sus maneras revelaba una efectiva y real preocupación.

Teresa entró en cuidado.

Conoció que la visita aquella no era casual ni de mera cortesía, y presintió algún suceso que debía interesarla, suceso que probablemente no sería grato a juzgar por el aspecto serio y triste del abuelo de Susanita.

«De seguro nos trae malas noticias», pensaba Teresa. Ella sabía que el padre de Pablo estaba de regreso, que ya conocía los propósitos de ambas familias y que sólo faltaba su consentimiento.

Pero todo indicaba, al parecer, que no lo habría dado.

¿Habría desechado la petición de su hijo?.....

La pobre Teresa estaba en ascuas, deseando oír una palabra que la sacara de dudas, cuando el abuelo de Pablo suplicó a su mamá que le concediera una audiencia a solas.

Sin duda la madre de Teresa tenía las mismas sospechas que su hija, pues miró a ésta con ojos alarmados.

Teresa se inclinó, saliendo de la sala turbada y conmovida.

Cuando se fué la joven, el anciano caballero tendió la mano a la señora diciendo con amargura:

—Ya veo que Teresita ha presentido, como también usted, el objeto que me trae.

—¿Pero qué dice? murmuró la señora temiendo en efecto saber demasiado pronto la triste realidad.

—Digo, señora, y lo digo con profunda pena, que es preciso renunciar a los dulces proyectos que acariciábamos sobre la suerte de nuestros hijos. Entre nuestras dos familias, señora, toda unión es imposible.

—¡Imposible! exclamó la señora de Montlaur. ¿Pero por qué. Dios mío? ¿Qué es lo que se opone a la felicidad de mi hija y a lo que hasta ayer era un deseo de todos?

—Un motivo poderoso! Y para comprender todo su alcance, es preciso haber presenciado el dolor de mi yerno cuando se vió obligado a rechazar la demanda de su hijo.

—El dolor de vuestro yerno! dijo la señora de Montlaur con extrañeza. ¡Confieso que no alcanzo a concebirlo! ¿Cómo! ¿ese padre, que se niega a hacer con una palabra la felicidad de su hijo, está atligido por la pena que él mismo le causa? ¿Es posible que sienta su propia negativa? Pues entonces, ¿por qué niega? ¿En todo eso hay un misterio inconcebible!

—Efectivamente, señora; y ese misterio es el que vengo a revelar a usted, en nombre de mi yerno.

La señora, verdaderamente emocionada, hizo seña de que estaba pronta a oír. La verdad, por espantosa que fuera, le parecía preferible a los temores que la atormentaban.

El abuelo de Pablo desempeñó fielmente su desagradable cometido.

Refirió a la desgraciada señora de Montlaur todo lo que ya sabemos, el lance funesto que era entre las dos familias un obstáculo verdaderamente insuperable.

Aquella señora dejó hablar hasta el fin a su interlocutor, y cuando hacía largo rato que él había concluido, ella seguía meditabunda.

El caballero respetó sus silenciosas reflexiones.

La madre de Teresa estaba ya convencida de la imposibilidad del casamiento, y comprendía el dolor del desdichado marino, autor involuntario de una falta juvenil cuyas consecuencias imprevistas venían a recaer al cabo de tantos años sobre dos personas inocentes.

Alzó la vista y dijo con mucha calma:



CEMENTERIO DE BARQUISIMETO (Venezuela)



EDIFICIO DEL MERCADO PUBLICO DE BARQUISIMETO



CÁRCEL DE BARQUISIMETO



ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE BARQUISIMETO



LAGUNA DE LA MORA. — Barquisimeto

— Doy á usted las gracias por el valor que ha tenido, el valor de decirme la verdad. Tiene usted razón sobrada. Pablo no puede casarse con Teresa.

Y añadió, ordenando sus recuerdos :

— Yo no conocí á ese infortunado Pedro de Montlaur. Murió algunos años antes de mi casamiento.

Se detuvo un instante y continuó :

— ¡ Pero mi marido no me contó jamás que su hermano hubiese perecido en un lance personal !

— ¿ Qué contaba su marido de usted ? preguntó el buen anciano con esperanza de encontrar un medio de salvación.

— Sólo me dijo que su hermano Pedro, oficial de marina, había sucumbido en la guerra de Crimea.

— ¡ Ah ! exclamó el viejo volviendo á la realidad ; sin duda quiso ocultar el género de muerte que le había cabido á aquel desventurado ! Le dijo á usted que su hermano había muerto en Crimea. ¿ Qué necesidad tenía de decir más ?

— ¡ Es cierto ! dijo suspirando la señora, veo que tiene usted razón ; Dios mío ! ¿ De manera que el mal es irreparable ?

El caballero no contestó á la pregunta.

Pero su silencio fué comprendido por la dama, pues ésta murmuró llevándose á los ojos el pañuelo :

— ¡ Pobre hija mía !

Antes de marcharse dijo el caballero :

— No extrañe usted, querida señora, que mi nietecita venga como antes á ver á su grande amiga Teresa. La niña fué testigo involuntario de la confianza de su padre, y recibió una impresión tan fuerte que hemos creído conveniente engañarla esta mañana cuando despertó. Sin embargo, ella sospecha que no le decimos la verdad, y el único medio de convencerla es permitirle que venga á visitar á su amiga como si tal cosa.

Avisé usted á Teresita, señora, de que no tardará en recibir la visita de Susanita. Y háganme ustedes el favor de no olvidar que mi nietezuela no sabe más que una cosa : que su padre declaró

imposible el casamiento y nos contó la muerte en Crimea de Pedro de Montlaur.

Fuera de esto, la niña está persuadida ó poco menos de que sólo existen ligeras dificultades que no tardarán en desaparecer.

— ¡ Ay ! dijo la señora, más tarde ó más temprano ha de saber.....

— Sí, pero dejemos que el tiempo haga su obra.

— ¡ El tiempo, en efecto, borra tantas cosas ! dijo la señora pensando en su hija.

En cuanto se retiró el abuelo de Pablo y de Susanita, entró en la sala Teresa, pálida, temblorosa, adivinando lo que sucedía.

No tuvo precisión de interrogar á su madre, bastándole ver la angustia reflejada en su rostro.

La madre y la hija se comprendieron á la primera mirada.

La primera abrió sus brazos, y la segunda se arrojó en ellos ahogada por los sollozos.

Lloró largo rato, silenciosamente, no queriendo su madre interrumpirla para que aliviaran su dolor las lágrimas.

Al fin levantó los ojos y preguntó á su madre con voz casi imperceptible :

— ¿ Por qué no quiere ?

Hablaba seguramente del padre de su novio, no comprendiendo la causa de su inesperada negativa.

Con todos los rodeos y cuidados que se requieran, la madre enteró á su hija de la verdad del caso.

Teresa, lo mismo que su madre, ignoraba que Pedro de Montlaur había muerto en desafío. Su sorpresa, por consiguiente, fué grande.

Le sirvió de consuelo en medio de su pesar la noticia de que Susanita había llorado mucho. Se alegró de la visita anunciada, pareciéndole que la amistad de la niña era de feliz agüero.

Así se lo dijo á su mamá, y ésta se guardó muy bien de quitarle esta última ilusión.

Entre tanto reinaba la tristeza en casa del marino.

Aunque se trataba de desvanecer las sospechas de Susanita y se hablaba de todo menos del asunto, era imposible encontrar una alegría que estaba lejos de los corazones.

La niña era bastante perspicaz para conocer que todos estaban tristes, pero suponía que era por las dificultades transitorias de que le había hablado su abuelito.

Un día manifestó que deseaba hacerle una visita á Teresa, como le habían prometido.

Y se cumplió la promesa.

La niña fué á visitar á su amiga con la criada de confianza, pero ésta llevaba orden expresa de que la visita fuera corta.

No bien la niña divisó á Teresa, corrió á abrazarla.

— ¡ Cuánto me alegro de verte ! exclamó. ¿ Sabes tú que llegué á creer, de veras, que no te vería más ? ¡ Pero eso no era posible ! ¿ verdad, Teresa ? ¡ Tú has llorado ! Sí, yo sé por qué ; es porque hay dificultades, ya tú me entiendes. ¡ Pero todo se arreglará ! Yo te digo que todo se arreglará, porque abuelito me lo ha ofrecido á mí y yo te lo ofrezco á tí. ¡ Ya lo verás !

La desventurada Teresita no sabía que contestar. Se esforzaba en sonreír y besaba cariñosamente á su amiguita.

Pero las preguntas de la niña cada vez se hacían más embarazosas y Teresa no encontraba medio de evitarlas.

Afortunadamente se presentó su mamá y dió otro curso á la conversación.

Por otra parte, la criada cumplió su cometido de que la visita fuera breve. No tardó en pedir permiso para retirarse con la niña, y así lo verificó.

La niña no se fué sin prometer á Teresa que volvería muy pronto, y se alejó repitiendo con una sonrisa de muy buen augurio :

— ¡ Todo se arreglará ! ¡ todo se arreglará !

Continuará

LOS GENERALES Y EL MUYIK (1)

Había una vez dos generales, gentes de poco seso.



De pronto se vieron transportados, por arte de encantamiento, á una isla desierta.

Esos dos generales habían servido durante toda su vida no sé en que oficinas. Allí se puede decir que habían nacido y crecido, y allí se habían hecho viejos; de modo que no sabían una palabra de nada. No conocían más voces de la lengua que las de la fórmula «Dios guarde á V. muchos años.»

Sucedió, pues, que se suprimió su destino por inútil; y, recobrada de esa suerte su libertad, nuestros dos generales se establecieron en San Petersburgo, en la calle Podiacheskaja. Cada uno tenía su habitación y su cocinera y los dos recibían una pensión del gobierno.

Pero, hete aquí que, cuando menos lo pensaban, y según ya se ha dicho, un día se encontraron de repente en una isla desierta, y se despertaron metidos en una misma y única cama.

Naturalmente, al pronto no comprendieron lo que les sucedía, y empezaron á hablar como si no hubiese ocurrido nada de extraordinario.

—Acabo de tener un sueño muy raro—dijo uno de ellos.—Me parecía que estaba en una isla desierta.

Pero de repente se quedó parado y se levantó. Su compañero hizo lo mismo.

—¿Señor! ¿Qué significa esto? ¿En donde estamos?—exclamaron con voz alterada por la emoción. Y empezaron á palparse el uno al otro para ver si el lance era sueño ó realidad; pero á pesar de todos sus esfuerzos por convencerse de que aquello no era más que una alucinación, tuvieron que rendirse á la triste evidencia.

Por un lado había mar; por el otro, un escarpado de tierra; y á la parte allende, mar de nuevo, nada más que mar, hasta perderse de vista.

Entonces nuestros generales derramaron lágrimas, las primeras que vertían desde la supresión de sus destinos.

Se miraron el uno al otro, y echaron de ver que estaban en camisa, con sus condecoraciones colgadas al cuello.

—¿Qué bien sabría tomar el café!—dijo uno; pero, acordándose en seguida de la inaudita aventura que acababa de sucederles, se puso á llorar con su compañero.—¿Qué hacer? añadió entre sollozos.—¿Escribir una comunicación sobre nuestra aventura? ¿De qué serviría?

—Lo que hay que hacer—contestó el otro—es que V. E. se digne marchar hacia Levante, mientras yo me dirijo hacia Poniente; á la noche volveremos á reunirnos en este sitio, y quizá habremos encontrado una solución.

Se pusieron, pues, á buscar el Este y el Oeste. Recordaron al efecto que su jefe les dijo un día: «Cuando quieran Uds. encontrar el Oriente, miren al Norte, y lo tendrán á su derecha.»

Así que empezaron por buscar el Norte. Probaron de todas maneras; pero como se habían pasado toda la vida en las oficinas, no dieron pié con bola.

—Verá S. E. lo que debemos hacer—dijo uno de ellos.—V. E. se va hacia la derecha, y yo hacia la izquierda; ya verá cómo así salimos del paso.

El que hablaba en estos términos no había servido sólo en las oficinas; había enseñado además caligrafía en la escuela de niños de la clase de tropa, y por eso tenía más cacumen.

En un santiamén se puso por obra su consejo. El uno se fué por la derecha, y topó con árboles cargados de toda clase de frutos.

Bien hubiese querido coger, aunque no fuese más que una manzana; pero andaban tan por las nubes esos frutos; que hubiera sido preciso trepar á los árboles. Aunque lo intentó, no consiguió más que hacerse jirones la camisa.

Llega después á un riachuelo, ¿y qué ven sus ojos? Un hormiguero de peces, ni más ni menos que en el vivero de Fontanka de San Petersburgo.



—Si tuviésemos peces así en la calle Podiacheskaja!—pensó nuestro general, y se playó su semblante ante esa imagen tentadora.

Luego entró en un bosque plagado de ortegas, gallos silvestres y liebres.

—¡Santo Dios! ¡Qué delicia! ¡Vaya un festín!—exclamó, y en el mismo punto empezó á sentir cierta desazón en el estómago; pero no tuvo más remedio que volverse al lugar convenido con las manos vacías. El otro general ya lo estaba esperando.

—Vamos. ¿Encontró algo V. E.?

—Aquí está todo lo que he encontrado: un número antiguo de la *Gaceta de Moscú*. ¡Nada más!

Tomaron el partido de volver á acostarse, pero con el estómago vacío no pudieron dormir. Tan pronto los atormentaba la comezón de saber quién cobraría por ellos sus pensiones, como los asediaba el recuerdo de los frutos, de los peces, de las ortegas, de los gallos silvestres y de las liebres que habían aparecido durante el día.

—¿Quién hubiera podido figurarse—dijo el uno—que el alimento del hombre, considerado bajo su aspecto primordial, vuela por los aires, nada en las aguas y crece en las árboles?

—Seguramente—respondió el otro.—Confieso que yo había creído hasta aquí que los panecillos nacían ya hechos, como se sirven con el café por las mañanas.

—De forma—prosiguió el otro—que, si uno tiene ganas de comerse, pongo por caso, una perdiz, primero habrá que cazarla, después habrá que matarla, luego que pelarla, luego que asarla. . . . Pero ¿cómo se arregla uno para todo eso?

—Justo: ¿cómo se arregla uno para todo eso?—repitió á modo de eco el otro general.

Callaron y trataron de dormir; pero decididamente no los dejaba el hambre. Pasaban y repasaban por sus ojos ortegas, pavos y cochinillos de leche, acompañados de cohombros, de escabeches y de diversas ensaladas.

—En este momento creo que me comería de buena gana mis propias botas—dijo uno de los generales.

—Tampoco estarían mal unos guantes, después de muy usados—respondió suspirando el otro.

De repente se cruzaron sus miradas. Los ojos despedían un fulgor siniestro: los dientes rechaban. Salió de sus pechos un sordo rugido. Se arrastraron el uno hacia el otro, y en un instante se tornaron dos fieras. Volaron mechones de pelo y resonaron gritos, que acabaron por convertirse en gemidos.



El general que había sido profesor de caligrafía, arrancó al otro su condecoración de una dentellada, y se la tragó entera en un decir Jesús.

La vista de la sangre que corría los restituyó á la razón.

—¡Somos cristianos—exclamaron—é íbamos á comernos!

—¿Cómo hemos podido llegar hasta ese punto? ¿De qué mal genio hemos sido jugueteos?

—Es preciso que nos distraigamos con alguna conversación, ó aquí va á dejar uno el pellejo.

—Empiece V. E.

—Pues empiezo preguntando á qué causa atribuye V. E. que el sol empiece por levantarse y acabe por ponerse, en vez de ser á la inversa.

—Permítame V. E. decirle que S. E. es de lo más original. V. E. hace lo mismo que el sol: primero se levanta; luego va al ministerio; después escribe, y, por último, se acuesta.

—Pero, ¿por qué no admitir el orden siguiente? Empiezo por acostarme, sueño con una multitud de cosas, y después me levanto.

—¿Sí? . . . ¡Pues es verdad! . . . Merece pensarse. Hablando francamente, cuando yo servía en el ministerio, no tenía más que una manera de ver las cosas. Yo me decía: Ahora estamos en la mañana; después vendrá la tarde; luego me servirán la cena, y, por fin, llegará la hora de acostarme.

La idea de la cena los volvió á sumir en su tristeza y cortó la conversación.

Uno de ellos la reanudó en esta forma:

—Yo he oído decir á un médico que el hombre puede nutrirse mucho tiempo de sus propios jugos.

—¿Y cómo?

—Verá V. E.: los jugos humanos, si me es lícito hablar, de esta suerte, vuelven á producir jugos; los cuales, á su vez, producen otros, y así sucesivamente hasta que se agotan.

—¿Y entonces?

—Entonces se hace preciso tomar algún alimento.

—¡Ay, qué demonio!

En resumen: cualquiera que fuese el tema de sus conversaciones, siempre venían á parar á la comida, lo cual no servía más que para excitar su apetito. Convinieron, pues, en dejarse de conversación; y acordándose del encuentro de la *Gaceta de Moscú*, empezaron á leer con avidez.

«Ayer—leyó conmovido uno de los generales—hubo comida de gala en casa del respetable gobernador de nuestra antigua capital. La mesa era de cien cubiertos, y fué servida con un lujo inaudito. Los productos de todas las partes de la tierra habíanse dado cita, por decirlo así, en aquel festín maravilloso. Allí se veía el dorado esterleto, pescado en las ondas del Cáucaso, el faisán. ¡Allí se veían fresas en el mes de Febrero, raro fenómeno en nuestro clima septentrional! . . .»

—¡Basta, por Dios! ¿No puede V. E. encontrar otro asunto?—exclamó el general que oía; y arrebatando el periódico de manos de su compañero, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Tula:

«Ayer, con ocasión de la pesca de un esturión en el río Oupa (los habitantes de más edad no tienen memoria de un acontecimiento semejante, tanto más extraordinario cuanto que ese esturión ofrecía notable semejanza con el comisario de policía B. . . .), el club de nuestra ciudad organizó un banquete. El héroe de la fiesta fué servido en una inmensa fuente de madera. Estaba guardado de pepinillos y tenía en la boca un manojo de verdura. El doctor P. . . ., encargado ese día de la presidencia del club, cuidó solícitamente de que no faltase una buena ración á cada invitado. Las salsas eran variadísimas, hasta un extremo rayano en la excentricidad.»

—Perdone V. E.—exclamó el otro general, interrumpiendo á su colega—pero me parece que también elige los asuntos sin discernimiento.

Cogiendo á su vez el periódico, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Viatka:

«Un antiguo habitante de nuestra población ha inventado la siguiente receta para preparar la sopa de pescado: tómese una lota viva; golpéele de firme, y, cuando se hinche el hígado con la fuerza del dolor. . . .»

Los generales bajaron la cabeza. Cuanto les hablaba de comer, sus mismos pensamientos conspiraban en contra suya, pues por más que se esforzaban en desear la imagen de los *beafstecks*, la imagen tornaba y se imponía á viva fuerza á su espíritu.

De pronto cruzó una inspiración por la mente del general que había sido profesor de caligrafía, y apareció radiante su cara.

—¿Qué diría V. E.—exclamó alegremente—si encontrásemos un *muyik*?

(1) El autor del presente cuento es uno de los más ilustres escritores de Rusia y el primero de sus satíricos. El objeto del actual escrito es, como notará el lector, poner en ridículo á ciertos generales que para nada sirven, y que tanto abundan, no sólo en Rusia, sino en las demás naciones, entregados á la vida ociosa y regalada, mientras el país hace todo género de sacrificios para costear sus sueldos.—(N. DEL E.)



—¿Cómo? ¿Un muyik?

—Sí sencillamente un muyik, tal y como son de ordinario los muyiks. En seguida nos traería panecillos, nos cogería ortegas y peces.

—¡Hum!... un muyik... pero ¿dónde se le echa el guante, si aquí no los hay?

—¿Cómo que no los hay? muyik hay en todas partes; la cuestión es conseguir sacarlo de su escondrijo. A buen seguro que está escondido en cualquier lado para librarse de trabajar.

Esa idea dió ánimos á nuestros generales; tanto que, olvidando sus desventuras, se levantaron como movidos por un resorte, y se pusieron en busca del muyik.

Vagaron mucho tiempo por la isla sin resultado alguno; pero á la postre los puso sobre la pista un olor acre de pan de munición y de piel de carnero.

Al pié de un árbol, tendido boca arriba, con las manos debajo de la cabeza, dormía un muyik descomunal, huyendo del trabajo de la manera más desvergonzada.

La indignación de los generales no conoció límites. Se precipitaron sobre él, gritando:

—¡Tú durmiendo, haragán, sin pizca de aprensión, mientras aquí se mueren de hambre dos generales desde hace cuarenta y ocho horas! ¡Andando vivito! ¡A trabajar!

El muyik se levantó. Vió que los generales no se bromeaban. Se le pasaron buenas ganas de escurrirse, pero ellos lo tenían bien sujeto.



Empezó, pues, á trabajar en su presencia.

Primero trepó á un árbol, y les cogió diez manzanas de las más maduras. Para él no cogió más que una verde.

Después removió la tierra, y sacó patatas. Después cogió dos maderos, los frotó uno contra otro, y encendió lumbre. Después hizo un lazo con su propio pelo, y cazó una ortega. Después se dió traza á preparar platos tan variados, que los generales se preguntaron uno á otro si no sería cosa de dar un bocadillo á aquel gándul.

Nuestros generales se regocijaban contemplando la faena del muyik y latían de gozo sus corazones. Olvidaban ya que hacía un momento estaban casi muertos de hambre, y se decían: «Es bueno ser general; siempre sale uno de apuros.»

—¿Están contentos los señores generales?—preguntó aquella inutilidad de muyik.

—Vemos con satisfacción tu celo, amiguito—respondieron los generales.

—¿Me permiten ahora descansar?

—Descansa, buen amigo; pero antes haznos una cuerda.

El muyik cogió al punto cáñamo silvestre; lo mojó, lo maceró, lo retorció, y á la tarde tenía lista la cuerda.

Con esa cuerda le ataron los generales á un árbol para que no se escapara, y ellos á su vez se echaron á dormir.

Pasó un día; pasó otro. El muyik hacía maravillas de habilidad, hasta el punto de hervir la sopa en el hueco de la mano.

Nuestros generales se ponían más gruesos, más lucidos, más alegres y vivarachos cada vez. Consideraban que estaban mantenidos de todo, y que, en el interin, su pensión se acumulaba sin cesar en San Petersburgo.

—Pero ¿qué le parece á V. E.?—dijo un día uno de los generales almorzando.—La construcción de la torre de Babel, ¿ha sido un hecho realmente, ó no es más que una alegoría?

—Yo creo que ha sido un hecho, realmente. ¿Cómo explicar de otro modo la diversidad de lenguas que hay en el mundo?

—Entonces ¿también cree V. E. en el Diluvio?

—Seguramente; porque, ¿cómo explicar si no, la existencia de animales antidiluvianos? Tanto más, cuanto que se anuncia en la *Gaceta de Moscú*....

—Hombre, ¿si diésemos un vistazo á la *Gaceta de Moscú*....?

Fueron á buscar el número del periódico; se sentaron á la sombra; leyeron de cabo á rabo las reseñas de la comida de Moscú, de la comida de Tula, de la comida de Penza, de la comida de Riazan, y nada: ya no les hacía la impresión que antes.

Pero al cabo de cierto tiempo, nuestros generales empezaron á aburrirse. Cada vez pensaban más á menudo en las cocineras que habían dejado en San Petersburgo, y hasta derramaron algunas lágrimas en silencio.

—¿Qué harán ahora en la calle Podiacheskaia?—preguntó uno.

—No me hable de eso V. E.; se me encoge el corazón.—Respondió el otro.

—Aquí se está muy bien; no puede uno quejarse; pero tiene razón la sabiduría de las naciones: la soledad no es buena para el hombre; no se concibe el cordero sin la oveja. Luego, echo de menos mi uniforme.

—Yo echo mucho de menos el mío.—Como es de cuarta clase, le vuelve uno al revés la cabeza sólo el acordarse de los bordados.

Y empezaron á marear al muyik para que los llevase á la calle Podiacheskaia.

—¡Oh, bien conocía esa calle el muyik; había ido á ella en persona; allí había bebido agua-miel y cerveza, y no como se quiera, sino grandes tragos!

—¡Pues si nosotros somos generales de la calle Podiacheskaia!—exclamaron los dos con júbilo.

—Pues, en cuanto á mí—respondió el muyik—si han visto muchas veces un hombre que andaba sujeto á una cuerda, por la parte afuera de una casa, con un tarro de colores, y pintando las paredes, ó corriendo otras veces por los tejados como una mosca, ese era yo.

Y el muyik caviló cómo dar gusto á los generales, en reconocimiento de la benevolencia que se dignaban atestiguar á un holgazán como él, y por no haber despreciado su trabajo de muyik. Y construyó un navío, ó por mejor decir, una barca, que pudiese atravesar el mar y arribar frente á la calle Podiacheskaia.

—Pero ten cuenta con no ahogarnos, canalla—dijeron los generales al ver el barquichuelo sacudido por las olas.

—Pueden estar tranquilos los señores generales; á mí me conoce el mar—respondió el muyik, y se preparó para el viaje.

Reunió plumón de cisne, y lo estendió en el fondo de la barca. Hecho esto acomodó allí á los generales, se santiguó, y puso en movimiento la barca.



Las veces que los generales tuvieron miedo de las tempestades y de los vientos durante la travesía; las veces que insultaron al muyik por su holgazanería, exceden á toda ponderación. El muyik remaba á más y mejor entre tanto, y alimentaba á los generales con arenques.

Por último, volvieron á encontrarse en el Neva, llegó á divisarse el famoso canal de Catalina, y apareció la gran Podiacheskaia.

Las cocineras batieron palmas al volver á ver á los generales tan orondos y rollizos.

Los generales tomaron café, se atiborraron de panecillos azucarados, y se plantaron sus uniformes. Se fueron al Tesoro, y el dinero que allí rebafiaron es imposible de decir en un cuento, ni de describir con la pluma.

Pero no se crea que olvidaron al muyik: le mandaron un vasito de aguardiente y una moneda de cinco kopeks (1). ¡Regodéate, muyik!

CHCHEDRINE.

La mayoría de los médicos prefieren la «Emulsión de Scott» en todos aquellos casos en que está indicado el aceite de bacalao, pues no solamente carece del sabor desagradable y repugnante del aceite, sino que por el contrario su gusto es suave y demulcente, á la vez que el estómago la tolera más fácilmente y el organismo la asimila mejor.

Cochabamba, Setiembre 22 de 1893.

El infrascrito médico y cirujano interno del Hospital de Viedma certifica: que desde hace algunos años emplea con buen éxito en su clínica particular la «Emulsión de Scott» de aceite de hígado de bacalao, por lo cual estima dicho medicamento como uno de los más eficaces, y lo prefiere al aceite puro de hígado de bacalao por ser más fácil para dirigir.

RAMÓN QUIROGA.

CLEMENCIA VISO DE ECHEZURIA

Casi repentinamente ha dejado de existir en la semana pasada la señora CLEMENCIA VISO DE ECHEZURIA, dejando huérfana á la angelical niña María de Lourdes, hija de nuestro inolvidable amigo y fundador de la Empresa «El Cojo» Manuel E. Echezuria, de quien era viuda la mencionada señora. Enviamos nuestro recuerdo de condolencia á las familias Viso, Palacio y Ruiz.

SÚPLICA

Se desea saber el paradero de los señores Sebastián Gil y Jovellar y Agustín Barrau y Gil sobrino de aquel. Ambos residían en San Fernando de Apure en donde tenían negocios en sociedad.

Nuestro corresponsal en Barcelona de España nos pide este informe para trasmitirlo á la atribulada familia de aquellos señores.

Suplicamos á nuestros agentes y suscritores del interior de la República se dignen darnos algún informe si pudieren hacerlo.

DE LEOPARDI

EL GORRIÓN SOLITARIO

Desde la cresta de la antigua torre, pájaro solitario, á la campaña cantando vueltas mientras luce el día; y suena la armonía por estos valles. Primavera en tanto brilla en el mundo, y lo hermosa y dora, y á su influencia el pecho se enamora. Greyes oigo balar, mujen rebaños; y mil festivas aves toman vuelo, juntas y en libertad surcando el cielo, juntas cantando la estación de amores. Tú retraído en tanto ves el todo; huyes tus semejantes, el vuelo enfrenas; cánticos triunfantes esquivando el espacio alzas gozoso, y así abismado en tu aislamiento pierdes del año y de la vida el tiempo hermoso.

¡Ay de mí, cuán semeja al mío tu afánar! Santa alegría, de la primera edad fiel compañía; y á tí, de juventud, oh amor, hermano, suspiro acerbo de la edad madura, desprecio, no sé cómo; así, lejano de ellos me ausento; y solo en mi pradera, y hollando su verdura, miro pasar mi dulce primavera.

(1) O sea, veinte céntimos.—(N. DEL T.)

Este día, que ya á la noche cede,
festejar se acostumbra en mi parroquia.
Oigo vibrar en el espacio esquilas,
oigo á menudo truenos con que el bronce
retumba en su fragor de campo en campo.
Toda galana, alegre, en son de fiesta
la juventud se esparce
huyendo del hogar por cien caminos,
y mira y es mirada, y goza honesta.
Yo, solitario, en esta
remota parte, á la campiña viendo,
mis gustos y alegría
busco en la antigua edad: y en tanto el rostro
vuelto hacia los azules horizontes,
me hiere el sol, que allá en lejanos montes
tras un sereno día
cayendo se reposa, el cielo esmalta,
y parece decirme en su agonía
que ya la hermosa juventud me falta.

Tú, solitario pajarillo, usando
el tiempo que han de darte las estrellas,
seguro en tu costumbre, nunca de ellas
has de quejarte: que embeleso puro
es de naturaleza
toda vuestra belleza.
Mas yo, si de vejez la odiosa valla
evitar no procuro,
cuando helados mis ojos,
acaso indiferente
á extraños corazones
mire el mundo agotado, y lo futuro
más enojoso y triste que el presente,
¿qué diré de mis locos desvarios?
¿qué de estos años míos?
Ay! me he de arrepentir. Desesperado,
y á menudo gimiendo,
la vista he de volver á lo pasado.

E. RIVODÓ

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Hablemos hoy de la ópera: del éxito de *Hernani*, *Forza del Destino* y *Sonámbula*, en que tanto se distinguen el señor Casini, la señora Roluti Salto y la señorita Svicher.

Nadie niega el mérito de *Hernani*; varios son los pareceres sobre el de la *Forza del Destino* y se ha llegado hasta desconocer el de *Sonámbula*.

No me refiero á la sanción por tales obras recibida de los públicos considerados con razón como autoridades en la materia: me refiero sólo á la opinión de nuestros revisteros de la actual temporada lírica. Respecto de *Hernani* y *Forza del Destino*, ahí está vivo el autor para que las defienda de los que se atreven con Verdi. Yo, defendiendo á *Sonámbula*, porque es la más débil y porque no está presente Bellini para contestar con nuevas obras á sus detractores.

Ya se vé que vengo hablando de broma. Pero voy á seguir con seriedad.

No pueden perecer obras como *Sonámbula*, porque imperecedera es la obra artística, fruto de verdadera inspiración, que se impone al sentimiento por sobre el prestigio de la novedad, á despecho de los prejuicios de escuela. Como no dejarán nunca de ser del dominio del arte los sentimientos delicados, los afectos tiernos y sencillos, jamás decaerá lo que de ellos es lenguaje propio en el arte musical: la melodía. La llamada *música del porvenir* no hará venir á menos ésta otra que seduce y encanta por dulcísima manera, en tanto que no sean desposeídos de la sencillez y la ternura los sentimientos de las almas suaves. O perecerá la unidad estética y con ella el arte ó coexistirán por siempre la melodía y la armonía, como coexisten en la naturaleza, donde á tiempo que la una despide melancólicamente al esposo de la tierra é invita á esta al reposo, la otra celebra el advenimiento de la luz ó denuncia en las tormentas y batallas que los elementos ó las pasiones combaten ensañados.

Bellini es uno de los más afamados maestros de la melodía, y *Sonámbula* una de las más afamadas obras de Bellini. Desde la apertura hasta el final no se interrumpe la sucesión de preciosos temas melódicos, que traducen fielmente, ora el amor cándido y tierno de Elvino y Amina, ora el dolor de aquél, sincero, íntimo y sereno ante la infidelidad imaginaria; y el de la niña lánguidamente entristecida ante su inocencia calumniada. El pensamiento musical, interpretando el dramático, pasa con este de inocentes alegrías y embelesos púdicos á desmayos de aflicción, á lánguidos quejidos de adoloridos corazones, para tornar á dulces regocijos de serenos éspíritus.

No se achaque á que deje de reconocer la contribución de cada artista al éxito de la obra el que me ocupe exclusivamente de la señorita Svicher, como que correspondiendo á ella la parte

DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre SCOTT es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la Emulsión de Scott y rechácese todo frasco que no sea de la de Scott con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstruyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—*creando* carnes! Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

principal y más laboriosa de *Sonámbula*, á ella se contrae de preferencia la atención del público; y en ella se fija la del cronista, singularmente, como que ha de seguir éste el rumbo del interés general é inspirarse en él.

Dispone la señorita Svicher de extensa, fresca y robusta voz, dotada de singular ductilidad, de gratisimo timbre y natural firmeza. Bien que parte de estas cualidades se perfeccionen y aún lleguen en algunos casos á adquirirse por medio del estudio, no se elevan al grado en que se encuentran en la señorita Svicher sino merced á favorables disposiciones del órgano vocal y á impulsos del talento.

Nótase que todos los artistas cantantes de indiscutible mérito revelan preferencia por determinada obra de su repertorio, en la que sobresalen, con la que recogen mayores aplausos de todos los públicos ante quienes se exhiben, quizá en razón de que el carácter de la música se ajusta al propio del artista; y casi me atrevería á asegurar que la ópera que más cuadra al temperamento artístico de la señorita Svicher es la bella creación de Bellini á que vengo refiriéndome. Pruébanlo la visible seguridad, la manifiesta emoción, la disposición absoluta á extremar la interpretación, con que la Svicher emprende, resuelta, satisfecha, la ejecución de cada número de su parte. Hace ostentación en *Sonámbula* de todo el tesoro de sus recursos artísticos; prodiga á manos llenas, digámoslo así, el espectáculo de victorias indefectibles sobre las dificultades del arte de cantar; hace alarde de inextinguible aliento; complácese en apurar el registro de los efectos con que está enriquecida su voz por el órgano y la escuela. Juega con la voz como si, sola, alegre, quisiese dar á sus propios oídos una fiesta de sonidos.

Antojáseme que lo que es *Sonámbula* para la Svicher es *Hernani* para Casini: la ópera preferida, la que cuadra á su temperamento artístico. Este excelente barítono ha tenido la fortuna de despertar aquí generales simpatías y con razón, porque posee como cantante incuestionables cualidades, de las que es la descollante la de suplir con el arte lo que falta á su voz de igualdad y de extensión, que es precisamente lo que ha de exigirse de los artistas líricos, porque escasísimos son los órganos, como los de la Patti, Gayerre, la Scalchi, etc., privilegiados. Sabe Casini emitir notas en que su voz se hace dulcísima; sabe aprovechar los efectos que se ajustan á las condiciones de su órgano; interpreta con conciencia y tiene el talento de hacerlo comprender así de un público que antepone las condiciones del órgano á lo que propiamente constituye el arte del

cantante: la escuela. Es, á nuestro juicio, un barítono como todos los buenos barítonos, excepción hecha de los descollantes que son contados.

Igual cosa puede decirse de la señora Roluti como soprano dramática, la que dentro de la comparación posible entre ambos, hace ventaja á Casini en igualdad y fuerza de voz, si bien se queda corta en cuanto á *virtuosidad*. En *Forza del Destino* alcanzó justos y numerosos aplausos, como que reveló verdadera pasión artística, aliento poderoso y seguridad en el arte.

En otra ocasión y para no hacerme hoy largo me ocuparé con más detenimiento así de esta recomendable soprano, como de los demás artistas que actualmente se exhiben en el Teatro Municipal.

Yo también voy á echar mi cuarto á espaldas en materia de criminalidad, es decir, en ocuparme con tratar de la materia. No vayan ustedes á creer otra cosa.

Estamos dando al mundo un espectáculo magnífico. Somos cuatro gatos y nuestra estadística criminal causa espanto. Se mata á todas horas, en todas partes, á todo el mundo, por toda causa y de todos modos. Ni más ni menos, que si los hombres fuesen sabandijas, con las que se acaba de un chancletazo porque molestan ó dan grima.

Que yo pasé y usted no me dió la acera llevando yo la derecha; pues, ¿para que te quiero escopeta? (Escopeta no, revólver ó puñal). Nada: Saco el chisme del bolsillo y le mando á usted para el otro mundo á quitarle la acera á Dios ó al Diablo.

Que usted pasaba y se le antojó que yo me reía de usted, cuando en realidad tenía dentera de haber comido mamones; pues, ¿quién dijo miedo? Saca usted su puñalito y de un pinchazo me envía á pasar la dentera al otro barrio.

Que este es barbudo; pues pasaporte de manopla para que le afeite el diablo.

Que aquel es tuerto; pues más verá con un ojo en el cielo que con los dos en el infierno y garrote con él.

Que el de más allá dice *haiga* y no *haya*; pues que se trague una cápsula de nueve milímetros para que se le descnrede la lengua.

Que uno hizo malos versos; pues si los poetas tienen siempre el vientre vacío, llenémosle á éste el suyo con una tercia de navaja y que vaya á reunirse en el limbo con sus compañeros.

A esto replicará cualquier francés:—Mais, moi creer que votre verdugo no tener el tiempo de rascarse la tête y el ahilador de la guillotine non plus.

—Cá! ¿Verdugo? ¿Guillotina? Hombre, no sea usted bruto.

—¿Comment? ¿No tener ustedes esto? Alors, habrá grandes cárceles, muchas cárceles tout à fait llenas como bachaqueros.

—Repito que no sea bruto: esas cosas se dejan para los pueblos atrasados como el francés; y perdone usted. Nosotros caminamos á la perfección de las leyes penales, como lo verá usted dentro de cincuenta años, si se los dejaren vivir. Entonces la pena mayor, que se impondrá al parricida, será obligarle á tomar una taza de chocolate de la India, con bizcochos de San Joaquín y mantequilla de la colonia, con su capadare encima y todo.

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR

EMILIO RICHEBOURG

Continuación

—Sí.

—¿Qué ha quedado, pues, á la pobre viuda?

—Nada. La venta del material, de las bestias, de los granos y de los pastos sirvió para pagar los gastos judiciales.

—¿Qué monstruosidad!

—Ah, Marta! ¿Por qué has querido saber?....

—Porque era preciso.

Y continuó, con doloroso acento:

—Los otros dos cortijos, el prado de Noues, el cercado de la Hourie, las viñas y los bosques, ¿han sido adquiridos del mismo modo?

—La aldeana bajó la cabeza sin responder.

—Los préstamos usurarios, continuó la joven, las persecuciones judiciales y las ventas forzadas, arruinan á varios desgraciados para favorecer á un solo hombre. Esta espantosa obra ha comenzado por la expoliación de una herencia; la odiosa especulación del infortunio ajeno ha seguido; viudas y huérfanos fueron despojados..... ¡Por todas partes donde mi padre ha pasado existe la miseria, oyense gemidos y se vierten lágrimas! ¡Qué vergüenza! Ocultó el rostro entre las manos y comenzó á sollozar.

La nodriza, desolada, la miraba sin saber qué decir, y lloraba también.

Debería haberse callado, y pesáblemente amargamente sus revelaciones. Verdad que Marta lo había querido, y aun exigido.

La joven vituperaba las acciones de su padre y se sentía avergonzada por ellas; comprendíalo así la aldeana; mas no adivinaba cuán grande, cuán sombría era la desesperación de aquella pobre criatura, ni el alcance de las revelaciones hechas.

Al cabo de un instante levantó Marta la cabeza; el atroz dolor que desgarraba su alma se reflejaba en la palidez de su hermoso rostro.

—Querida nodriza, le dijo, muchas gracias.

—¡Oh, no! ¡no las merezco! exclamó la aldeana.

—Sí, sí, porque era absolutamente necesario que yo lo supiese todo; ahora ya lo sé y no tengo más que preguntarte.

—Marta, hay algo en tu mirada que me asusta. Hija mía, ¿qué vas á hacer?

—No tardarás mucho en saberlo.

La resolución fulguraba en sus ojos, llameantes de fiebre.

Levantóse, cogió las dos manos de la mujer, estrechólas entre las suyas, la abrazó después con filial ternura, y salió de la casa.

Mathurin Raclet no había vuelto aún de su habitual paseo cuando Marta entró, encerrándose en su cuarto.

Agobiada de dolor, dejóse caer sobre una silla, permaneciendo largo rato meditando. Terribles espasmos agitaban violentamente su pecho, que dejaba escapar sordos quejidos.

Consideraba la extensión de su espantosa desgracia, sin atreverse á medirla; pero creía que en tal situación era cien veces preferible la muerte.

—He aquí, pensaba, el secreto de la fortuna de mi padre. Háse enriquecido por iníquos medios, explotando la desgracia de los demás, con una crueldad espantosa. Soy la hija de un usurero, de uno de esos hombres que sólo se nombran para despreciarlos, y de quienes se huye con horror y disgusto. ¡Ah, desgraciados! ¡Y yo soy tu hija! He sido educada, se han pagado los trimestres de mi pensión con dinero maldito, con dinero robado; con el pan de huérfanos desgraciados que lloran

VIOLET FRÈRES
THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIA



Casa única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecho con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreproachable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse á todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889
MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida)
En CARACAS: G. STURUP Y Cia, Sucesores y en las buenas Casas.

Inyeccion Cadet

LA MAS CONOCIDA

todo el Mundo

PARA CURAR

EN TRES DIAS

sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS — 7, Boulevard Denain, 7 — PARIS

DEPOSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos

DATURA INDIEN

Esencia. **DATURA INDIEN**
Polvo de Arroz. **DATURA INDIEN**
Jabon. **DATURA INDIEN**
Agua de Tocador **DATURA INDIEN**
Aceite. **DATURA INDIEN**

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

Aceite de Hígado de Bacalao
DEL
DOCTOR DUCOUX

Iodo - Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las

ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr. DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene esta preparación ningun sabor desagradable y porque su composicion la hace sumamente tónica y fortificante.

Depósito General: 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES



de hambre y tiemblan de frío bajo miserables harapos; que no tienen leña ni carbón para el invierno, mientras que yo me caliento junto al fuego de esta chimenea.

Hablase levantado y marchaba á largos pasos, presa de una violenta sobreexcitación.

—¡Sí, sí! ¡es horrible! exclamó. ¡Hasta los vestidos que uso no me pertenecen!

Y posó la mirada en un espejo.

—Estas alhajas, dijo con tristeza, estos pendientes y esta sortija.....¡oh! ¡parece que me queman!

Despojóse de la sortija y de los pendientes, púsolos en sus estuches y guardó éstos en un baúl, donde tenía la pulsera y otras alhajas de poco valor que había usado en el colegio.

Había ido á ver á su nodriza, sencillamente vestida con un traje negro, algo usado, á pesar de tener otros más ricos y elegantes, que realizaban su belleza.

Mirándose en el espejo, suspiró:

—Así estoy bien.

Sin embargo, Jorge de Santenay era esperado en el castillo, adonde no tardaría en llegar; pero Marta

no podía ni quería ocuparse ya en ciertos perfiles de la coquetería.

A las once y media vino un criado á decirla, de parte de su padre, que bajase al salón.

Se pasó rápidamente por el rostro un lienzo humedecido, enjugóse y salió temblorosa de su habitación; pero al llegar á la sala, ya se había repuesto y era dueña de sí.

Jorge, que acababa de llegar, estaba con su futuro suegro.

El señor Raclot mostrábase alegre, lo cual contrastaba singularmente con el dolor impreso en el semblante de la joven y con su actitud resignada.

—Buenos días, papá; buenos días, Jorge, dijo Marta tendiendo la mano al Ingeniero.

Lleno de extrañeza, tomó Jorge aquella mano, la estrechó dulcemente é inclinóse después para besar á su prometida.

—¡Hum! Tiene gracia, murmuró Raclot; ¿qué significa eso?

Jorge había palidecido; oprimíase el corazón, crecía su inquietud y sospechaba vagamente alguna desgracia.

Conservaba entre sus manos la de Marta, á quien miraba con cierta estupefacción.

—Marta, dijo Jorge, ¡qué triste estás y qué extraña acogida me dispensas hoy!

Ella suspiró.

—¡Marta, amada mía! ¿qué tienes? ¿por qué sufres? ¿No quieres decirme la causa de tu pesar?

—Ahora no, Jorge.

—Pues ¿cuándo?

—Después de almorzar.

—Luego tienes alguna pena.

—Sí.

—¿Muy grande?

—Sí.

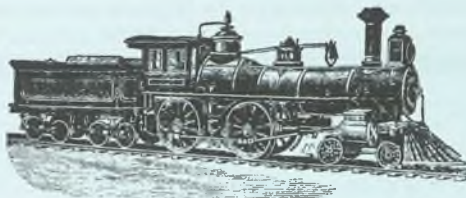
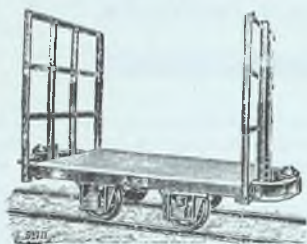
El joven sentía la mano de Marta helarse entre las suyas, y sufrió un estremecimiento.

—¡Me da miedo! se dijo para sí.

Marta retiró con dulzura la mano, sonrióse tristemente, é inclinó la cabeza.

—¡Hum! dijo Raclot. El diablo me lleve si comprendo algo.

Los tres se hallaban en una situación no poco



ARTHUR KOPPEL

FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

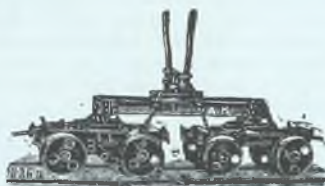
BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALS DEL MUNDO

MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.



Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagones y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14 — (Traposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

Agentes en Valencia, Becker, Gosewisch & Ca. Sucesores.—Agentes en Barquisimeto, J. Hanser & Ca.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO

Véndense en todas las principales Farmacias y Droguerías.

CHEVRIER

Depósito general: **PARIS**
21, Faubourg Montmartre, 21

El **VINO con Extracto de Hígado de Bacalao**, preparado por **Mr. CHEVRIER**, Farmacéutico de 1ª clase, en **Paris**, contiene, á la vez, todos los principios activos del **Acéite de Hígado de Bacalao** y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es precioso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del **Acéite de Hígado de Bacalao**, es soberano contra la **Escrófula**, el **Raquitismo**, la **Anemia**, la **Clorosis**, la **Bronquitis** y todas las **Enfermedades del Pecho**.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO CREOSOTADO

Depósito general: **PARIS**
21, Faubourg Montmartre, 21

CHEVRIER

Véndense en todas las principales Farmacias y Droguerías.

La **CREOSOTA** de **HAYA** paraliza al trabajo destructor de la **Tisis pulmonar**, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del **Acéite de Hígado de Bacalao**, hacen que el **VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado**, de **CHEVRIER**, sea el remedio, por excelencia, contra la **TISIS** declarada ó inminente.

violenta. Felizmente, el criado vino á decir que el almuerzo estaba servido.

Jorge ofreció el brazo á su novia, y pasaron al comedor.

Los platos eran sencillísimos: huevos, chuletas, puré de patatas y varias frutas para postre.

Mathurin Raclot no se mostraba pródigo en nada.

Marta, que apenas había comido la víspera, probó algo de cada plato; era preciso animar á Jorge, que, después de haber andado tanto, necesitaba reponer sus fuerzas.

Así que tomaron el café, Raclot, que se sentía fastidiado viendo triste á su hija, levantóse diciendo que se iba á fumar al jardín. Un pretexto para marcharse, dejando á los dos jóvenes en libertad de hablar.

—Papá, dijo Marta, suplico á usted que permanezca un instante; puede fumar aquí, como de costumbre. Tengo algo que decir á Jorge, y deseo que usted lo oiga.

—¡ Ah! exclamó el aldeano mirando al joven y guiñándole un ojo.

Llenó la pipa, encendiéndola, arrellanóse en su asiento y dijo:

—Bueno, Marta; veamos lo que tienes que decir al señor de Santenay que es preciso que yo lo oiga.

La joven se volvió hacia Jorge, y, reuniendo todas sus fuerzas y armándose de valor, le dijo:

—Jorge, voy á darte un gran disgusto, por el que de antemano te pido perdón. Desde tu última visita he meditado despacio, y, tras maduras reflexiones, he tomado una resolución. Jorge, nosotros no debíamos habernos encontrado jamás; esta desgracia es debida á la fatalidad; pero tú me olvidarás y no volverás á pensar en mí.

—¡ Olvidarte! ¡ No pensar más en tí exclamó el joven desolado.

—Es necesario, Jorge; he resuelto no casarme.

El joven lanzó un grito, y, pálido, azorado, no dando crédito á sus oídos, enderezóse de un salto, cual si hubiera sentido la mordedura de reptil.

El señor Raclot, apretando la pipa entre sus dientes, pero sin fumar, abrió desmesuradamente sus espantados ojos.

—¡ Marta, Marta! ¿ Qué dices? pronunció Jorge con voz entrecortada.

—Lo que dice, manifestó Raclot, son necedades.

Dirigióle Marta una mirada que le obligó á bajar los ojos, y, con voz firme, prosiguió lentamente:

—No quiero casarme.

El joven tenía la mano apoyada en la frente. Dejó escapar una sorda queja, y exclamó:

—Pero no comprendo; Dios mío! no comprendo. ¿ Qué quiere decir todo esto?

—A fe mía, señor de Santenay, dijo Raclot, que á su vez hablase puesto en pie, que lo ignora como usted, y juzgo que Marta, en este momento, desvaría. Lo que acaba de decir es tan insensato, que me trastorna por completo. Lo dejo á usted con mi hija; usted le hablará como debe de hacerlo, como tiene derecho á hacerlo, y espero que ella éntre en razón.

Dichas estas palabras con manifiesto mal humor, el señor Raclot salió de la estancia, cerrando tras de

sí violentamente la puerta, como un hombre encolezado, y se fué al jardín á encender otra vez su pipa.

El primer pensamiento que le vino á las mentes oyendo declarar á Marta que no quería casarse, fué éste:

—No puedo pedir más; si no se casa, los cincuenta mil francos permanecerán en mi cofre.

El avaro se consolaba así fácilmente.

Jorge, en cuanto se quedó á solas con la joven, cayó á sus pies, mirándola con indecible expresión de dolor.

—¡ Marta! ¡ mi querida Marta! le dijo: ¡ me matas despiadadamente! ¿ por qué? Dímelo. ¿ Qué tienes contra mí? ¿ Qué te he hecho?

—Nada, Jorge.

La pobre muchacha estaba sin aliento, y su cuerpo sufría frecuentes estremecimientos.

—Entonces, ¿ por qué me tratas de ese modo? ¿ A qué mala influencia obedeces, Marta? ¡ Te suplico que hables, que te expliques!

—No tengo nada que decirte, Jorge.

—Marta, replicó el joven levantándose; no me hago ilusiones; te conozco lo bastante para comprender que no variarás tu resolución, y me alejaré de ti desesperado, porque me condenas á sufrir toda mi vida. Pero tan funesta resolución, Marta, no la has tomado seguramente sin motivo, y tengo derecho á saber.....

—Jorge, no me preguntes, porque no puedo contestarte.

—Tu silencio es más terrible para mí que lo que tuvieses que decirme, por duro que fuese. Comprende que al callarte das lugar á que suponga cualquiera cosa.

—No, no, exclamó ella con viveza; no supongas nada, Jorge, te lo suplico; no trates de adivinar, de saber.....

El joven permaneció silencioso un instante, contemplándola con dolor; luego, moviendo tristemente la cabeza, dijo:

—Al llegar á Aubécourt, hace dos horas, me consideraba el hombre más dichoso, creyendo que ninguna felicidad era comparable á la mía; todo me sonreía: el sol, la verdura de los campos, las casas; mi corazón estaba inundado de alegría, regocijábame mi alma..... ¡ iba á verte!..... ¡ Ah, Marta, Marta! ¡ yo no pensaba en el golpe mortal que me estaba reservado!

La joven no pudo contener un suspiro.

Jorge continuó:

—Nada, nada absolutamente podía hacerme sospechar que yo encontraría aquí hoy á otra Marta. Hace tres días, no más que tres días, tu mano en la mía y mis ojos en los tuyos, embriagándome con tus sonrisas, hablábamos alegremente de nuestros proyectos de lo porvenir, de todas las satisfacciones, de toda la felicidad que parecía estarnos prometida; tú estabas radiante, Marta, y yo, alumbrado por la luz de tu mirada, tenía el sol en el corazón. Y te decías acariciándote la mano: "Marta, ¡ te adoro!" Y tú me respondías, estrechándote contra mí: "Jorge, ¡ te amo!" Al separarnos, por la noche, nos abrazamos, y tu voz, que ya no es la misma, deslizó en mi oído:

"¡ Hasta pronto, Jorge mío, hasta pronto!" Hace tres días de esto; habiendo partido gozoso, gozoso tenía que volver, pensando: "¡ Ella me espera!" Mas he aquí que estoy en tu presencia, y cuando todo está dispuesto para nuestra boda, cuando se han llenado todas las formalidades, me dices: "No quiero casarme."

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, Marta lloraba copiosamente.

—¿ Qué ha sucedido en estos tres días? repuso Jorge. Te lo pregunto y no quieres contestar. ¡ Ah, Marta, Marta! ¡ si he merecido el horrible castigo que me impones, dímelo!

Un sollozo se escapó de su pecho.

Después continuó con voz ahogada:

—Eres digna de toda clase de adoraciones, Marta; vamos á ver, ¿ acaso te parece que no te amo bastante, como mereces?

—¡ Oh, no me hables así! exclamó ella.

—Entonces, señorita Marta, replicó irónicamente el joven, es usted quien no me ama.

—¡ Oh! balbuceó ella.

—Tal vez no me ha querido usted nunca, prosiguió Jorge. Marta, tengo derecho á suponerlo; tengo derecho á creer que sus labios de usted mentían el día que dijeron á mi hermana: "¡ Amo á Jorge!" Que sus labios de usted mentían cuando, respondiendo á mis palabras de ternura y de amor, me decía usted: "Jorge, ¡ te amo!"

—Jorge, respondió Marta con voz casi extinta, ¡ me partes el corazón!

—Y el mío, ¿ cree usted que no lo maltrata? Me hiere usted más cruelmente que si clavase un puñal en mi pecho, ¡ y soy yo quien le hace sufrir á usted! ¡ Todo se revuelve contra mí, y es preciso que me calle! ¡ Dicta usted una horrible sentencia que me mata, pues equivale á condenarme á muerte, y quiere usted que, inclinando la cabeza, la acate sin protesta alguna! ¿ Es esto posible? ¡ No, no, mil veces no! ¡ Cuánta esperanza existe en el alma de un hombre, yo la tenía puesta en usted, viendo el porvenir sonriente y hermoso, y usted la destruye al destruir ese porvenir! ¡ Esto es peor que la muerte! Marta, yo te amo!... ¡ Estoy defendiendo mi felicidad, mi vida!

La pobre muchacha ocultaba su rostro entre las manos.

—Marta, replicó el joven, ¿ me amas aún?

Ella levantó la cabeza, y respondió con acento indefinible:

—Sí, Jorge, sí; te amo.

—¡ Me amas y me rechazas sin piedad! ¿ Es esto comprensible?

—No puedo ser tu mujer.

—¿ Pero por qué, Dios mío, por qué?

—Si yo hubiese podido responderte, no tendrías necesidad de preguntármelo.

—Veo que un obstáculo se ha levantado bruscamente entre tú y yo; Marta, desígnamelo, y lo destruiré.

Continuará.